



Agustín Moreto

Industrias contra finezas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto

Industrias contra finezas

Personas:

DANTEA, infanta de Hungría.

LISARDA, su hermana.

FERNANDO, hermano del rey de Bohemia.

CELIA, criada.

EL CONDE PALATINO.

EL SENESCAL, barba.

TESTUZ, gracioso.

UN CAPITÁN.

ROBERTO, príncipe de Transilvania.

UN CRIADO de FERNANDO.

MÚSICOS.

SOLDADOS.

CRIADOS.

ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Presburgo y en un campo de las fronteras de Bohemia y Hungría.

Jornada primera

Galería inmediata al jardín del palacio.

Escena primera

(FERNANDO, el PRÍNCIPE ROBERTO, el CONDE PALATINO; DANTEA, leyendo una carta; LISARDA, CELIA, TESTUZ, MÚSICOS, ACOMPAÑAMIENTO. Las damas con muletilla y sombreros con plumas.)

MÚSICOS. ¿Cual dolor debe escoger
la más hidalga fineza:
ver la querida belleza
muerta, o en otro poder?

DANTEA. (Leyendo para sí.)

«Otras dos veces he avisado a vuestra alteza del cuidado que debe tener con los que le asisten, porque hay envidia que solicita su muerte. -Quien le da este aviso por la evidencia sin que pueda decir más»

(Ap) ¿Quién será (¡válgame el cielo!)

quien este aviso me da,
que tercera vez es ya;
aumentando mi recelo
los riesgos tan sin pensar
que me avisan cada día,
pues no hay fiesta ni alegría
que no la turbe este azar?
Fuerza es que finjo y que calle,
aunque es grande confusión
ver el riesgo la razón
sin voz para averigualle.)
Proseguid esa canción,
que es muy del afecto mío,
porque con ella confío
alumbrar mi confusión.

LISARDA. Todos, hermana Dantea,
sabiendo tu gusto, quieren
lograrle, porque prefieren
a su inclinación tu idea;
y hacen bien, si ha de ser tuya
esta corona por ti.

DANTEA. No es cierta, Lisarda en mi,
pudiendo también ser tuya.
De un parto las dos quedamos
sobrinas del rey de Hungría,
sin que para ser más mía
cual fue primera sepamos.
Entre tan igual razón
hará el reino tuyo o mío
la elección de nuestro tío,
ausente y sin sucesión,
porque así el Emperador
la causa ha determinado,
como tan interesado
en la paz del sucesor.
Pues si es igual el derecho,
y en nuestro tío hasta ahora
la resolución se ignora,
¿por qué imagina tu pecho
que los príncipes en mí
festejen una esperanza,
de que no menor te alcanza,
sino mayor parte, a ti?
y si por ver festejarme
con vanidad, has pensado
que les debo más cuidado,
y es eso lisonjearme,

no lo has hecho con cordura;
porque ultraja mi persona
pensar que hace la corona
lo que puede mi hermosura.
Y así, hermana, cuando es llano
que esa duda no te inquieta,
si es lisonja, no es discreta,
y si celos, son en vano.

LISARDA. No es sino conocimiento,
pues aprueba la razón,
que hará mejor elección
mi tío en tu entendimiento.

ROBERTO. (Ap.) Con esa seguridad
me parece a mi mejor;
que más festeja mi amor
a Hungría que a su beldad;
pues siendo de Transilvania
dueño yo, con la de Hungría,
nada es mejor que la mía
la corona de Alemania.

CONDE. (Ap.) Yo, cuya vida es Lisarda,
siento el ver que haga la suerte
reina a Dantea, y su muerte
será el estorbo, aunque tarda.
Pues si logra mi persona
lo que está dispuesto ya,
su muerte asegurará
en Lisarda la corona.

Con que en competencia mía
no habrá en el Norte otro estado,
si junto el Palatinado
con la corona de Hungría.

FERNANDO. (Ap. a TESTUZ.)

Yo, sin hacer competencia,
sigo mi destino aquí,
pues en Bohemia nací
segundo y sin otra herencia;
y sin que mi asunto sea
la corona que procura,
solo aspiro a la hermosura
de la divina Dantea.

TESTUZ. (Ap. a FERNANDO.)

¡Qué poco, Fernando, alcanza
quien aprecia la hermosura
más que un reino? ¿A quién le dura
la belleza sin mudanza?

La corona es firme basa,

y la hermosura en que fías
es almendra cuatro días,
y luego se vuelve pasa.

FERNANDO. Esto, Testuz, es querer.

TESTUZ. No es sino ser loco al fin.

DANTEA. Vamos entrando al jardín,
porque ya deseo ver
sobre el problema propuesto
argüir y defender
a los príncipes, y ver
si puedo salir con esto
de mi oscura confusión.

ROBERTO. De vuestras luces, Señora,
para discurrir ahora,
se alumbrará la razón.

CONDE. Y yo de que he de acertar
a la presunción me atrevo,
cuando por mi norte os llevo.

(Ap. a LISARDA).

(Aquesto, Lisarda, es dar
seguridad a mi ardid.)

LISARDA. Ya entiendo.

FRENANDO. (A DANTEA.)

Yo no aseguro
el acierto que procuro,
porque voy ciego.

DANTEA. Venid.

(Vanse ROBERTO, el CONDE, DANTEA, LISARDA, CELIA, los MÚSICOS y el
ACOMPAÑAMIENTO.)

Escena II

FERNANDO, TESTUZ; dentro, MÚSICOS.

MÚSICA. (Dentro.)

¿Cual dolor debe escoger
la más hidalga fineza:
ver la querida belleza
muerta, o en otro poder?

TESTUZ. ¿Señor?

FERNANDO. ¿Qué quieres, Testuz?

TESTUZ. ¿Es esto amor?

FERNANDO. Bien logrado.

TESTUZ. Pues si estás enamorado,
Voyme a poner un capuz.

FERNANDO. Pues ¿por qué?

TESTUZ. Pregunta fría.

Cuando un amor has vencido,
donde un año arreo has sido
muerto seis veces al día,
¿qué gusto hallas en querer?
¿Tan buena vida es morir,
de soñar y no dormir,
suspirar y no comer?
Si hay desden, por su rigor
no comes; si no hay desdén,
ayunas siempre también
con el gusto del favor.
¿Gusto es andar uno echando
los bofes entre mil sustos,
por dar regalos o gustos
a quien le está maltratando?
Bien al amor los primeros
pintan desnudo en la fama,
pues por regalar su dama
se quedan todos en cueros.
Mas si de otra enamorado
estabas antes, Señor,
¿cómo olvidaste este amor?
FERNANDO. Con este nuevo cuidado.
TESTUZ. Pues aquella llama ardiente,
aquel tormento incesante
¿fue amor de dos, y pasante
que se acabó de repente?
¿Tan presto le has olvidado?
FERNANDO. Oye, si quieres saberlo.
TESTUZ. ¡Y cómo! Para aprenderlo,
por si fuere enamorado.
FERNANDO. Ya sabes cómo ofendido
del Rey, mi hermano, salí
de Bohemia, cuando fui
a Francia, donde admitido
de su rey Carlos, hallé
tanto agasajo en su corte,
que a los príncipes del Norte
fama y aplauso gané;
y que al triunfo de mi nombre...
TESTUZ. Ya sé que de ti obligada,
a tu valor inclinada,
la...
FERNANDO. No tu labio la nombre,
que no conviene a su fama.
Si su error quieres que cuente;
que aun ya perdida y ausente,

no es bien desairar la dama.
TESTUZ. Ya yo sé (llámese pues
Laura, Porcia o Margarita;
que el nombre no da ni quita
más del saberse quién es)
que ella pudo enamorarte,
que tú pudiste perderte,
que ella dio en aborrecerte
y que tú diste en ahorcarte.
Y al crêr, viéndola en sus trece,
que por malo te dejaba,
hallaste que a otro adoraba,
como a todas acontece.
Que este era un necio, y vencella
con su roña o carantoña
pudo; y cierto que fue roña,
pues te la pegó con ella.
Que tú te volviste atrás,
y que esto se quedó así.
FERNANDO. Pues si sabes hasta ahí,
oye agora lo demás.
Yo, del desprecio encendido
de su divina belleza,
que arrastra más la hermosura
por ingrata que por bella,
viéndome ya despreciado
por galán de menos prendas,
contra mi amor, de la injuria
quise armar la resistencia;
mas en quien tiene discurso,
ser vencido en competencia
de otro inferior no es alivio;
porque aunque inferior le vea
la cautela del dolor
luego a imaginar le lleva
que él es el de menos partes,
pues por el otro le dejan.
Y cuando el conocimiento
este sentimiento venza,
y a la luz de la verdad
yo a todos mejor parezca,
si la dicha a que yo aspiro
es mi dama, y ella premia
o condena en su elección,
si su mal gusto la yerra,
¿qué le importará a mi brio
ni a mi discreción que sea

la mejor para con todos
si no lo es para con ella?
Para agradar a la dama,
no es menester que yo tenga
gala que aventaje a todos,
discreción que a todos venza;
que como está en su elección
y el gusto es quien la gobierna,
no es menester ser mejor,
sino que se lo parezca.
Por esto se ve en el mundo,
en esta y otras materias,
preferir hombres indignos
a gala, valor y ciencia;
porque en las varias fortunas
del mundo y sus diferencias,
están las dichas de muchos
del error de otros compuestas.
Lidiando en esta batalla
mis locos discursos, era
mi imaginación un muro
que asaltaban las potencias.
Ya la voluntad subía
tremolando la bandera
del triunfo de los sentidos;
ya iba la razón tras ella,
aunque violenta, arrastrada,
derribando las almenas
que ella misma en el discurso
fabricó para defensa.
Y cuando en el duro asalto
desmayaba su violencia,
de refresco la memoria
entraba rigiendo fiera
un tercio de pensamientos,
armados de duras penas,
de horas alegres pasadas,
locas esperanzas muertas.
Y a este postrero combate
quedando el alma suspensa,
sin armas para ofender,
para resistir sin fuerzas,
clamaba el amor victoria;
y entrando la fortaleza,
el rendido corazón,
gobernador de la fuerza,
a la voluntad tirana

(haciendo en aplauso ella
la salva de los suspiros)
bajaba a dar la obediencia.
Pasando pues esta muerte
con la vida de la queja,
me logró la suerte un día
la ocasión de hablar con ella.
Y viendo que mi valor,
mi persona y mi nobleza
con el que me prefería
no admitía competencia,
la dije, llegando ya
a la apelación postrera:
«Señora, aunque tu elección
haya dado la sentencia,
apelo a ti de ti misma,
y viendo al galán que premias,
el favor que ya me debes
te pido, no el que me niegas;
favor pido de justicia,
justicia, sin ser soberbia:
que lo que era gracia ha hecho
justicia la competencia.
La gracia no se merece,
que ya merecida, es deuda,
mas concedida al indigno,
la mereció el digno della.
Ni en él caben sus favores,
ni tú en él los aprovechas,
que mucha agua en poco vaso
se derrama y no te llena.
Luego a mí solo los debes,
aunque de su parte seas,
no porque yo los merezco,
sino porque él no los pierda;
y no es vanidad que yo
le tome esta precedencia,
que para ser más que un necio,
basta que yo no lo sea.
Yo no me tengo por digno;
mas su ignorancia me alienta
porque al lado del que cae,
más firme va el que tropieza.
Las discreciones se juzgan
difícilmente a sí mismas,
pero medidas con otras,
ellas mismas se sentencian.

Tenerme yo por discreto
sería arrogancia ciega;
no excederme a su ignorancia
fuera humildad, pero necia.»
A todas estas razones,
quedando un poco suspensa,
me respondió: «Don Fernando,
la razón poco aprovecha;
que en elecciones del gusto,
aunque otro más lo merezca,
aquel solo es el más digno
que quiero yo que lo sea.»
Viendo yo resolución
tan libre y tan desatenta,
esforcé el alma rendida
a la muerte de perderla.
No halla la imaginación
remedio que yo no hiciera
por olvidarla, mas todos
me doblaban la dolencia,
hasta que del más común
remedio que amor ordena
me valí, y sané con él,
que es mirar otra belleza;
que los remedios comunes
nos enseña la experiencia,
que son los más despreciados
y los que más aprovechan.
Llegó pues a mí la fama
de Lisarda y de Dantea,
sobrinas de rey de Hungría,
que de su reino herederas
ambas con igual decreto
llamaban a competencia
a los príncipes vecinos.
A la voz de su belleza
yo de mi dolor herido
vine a Hungría, y hallé en ella,
con el Conde Palatino,
a la pretensión propuesta,
al Transilvano, al de Cléves
y otros, de cuya grandeza
la pretensión era digna;
y en ocasión de las fiestas
de una justa, en que a su dama
daban todos precedencia,
a Dantea el Palatino

defendía; y hay sospecha
de que a quien ama es Lisarda,
siendo el callarlo cautela.
El Transilvano ambicioso,
que más la corona aprecia
que la hermosura, por ver
más esperanza en Dantea
(Con el favor de su tío,
que tiene ausente la guerra
del turco), la defendía;
y todas estas cautelas
sé yo de aviso seguro,
aunque las ignoren ellas.
De los demás el intento
no digo, porque en la empresa
son estos dos los que tienen
las esperanzas más cerca.
Salí yo de aventurero,
y en mi empresa era la letra,
mirando a un cielo estrellado:
si aquí para mí hay estrella
la mejor será la mía.
Gané el aplauso en la fiesta;
y aunque Dantea y Lisarda
tratan con tanta entereza
a los príncipes, que nunca
su semblante diferencia
a ninguno el agasajo,
yo las debí más fineza.
De entrambas favorecido,
me alenté a la competencia,
mas no festejando a entrambas,
porque siempre halló Dantea
de una oculta simpatía
en mí más correspondencia.
Hice empeño; enamoréme,
por apagar la centella
que aún en mi pecho duraba;
y fue con tanta violencia,
que sin pensar el peligro,
hallé el pecho de manera
que ya para sus ardores
estoy buscando defensa;
que es como quien al fuego
agua calentar intenta,
y por conseguirlo aprisa
crece el fuego a la materia,

la llama a soplos aviva,
y cuando menos lo piensa
hierve el agua, y él, no solo
en apresurarlo cesa
mas para que no le abrase
al usar della, le cuesta
volver a templar el agua
otra tanta diligencia.

Yo, en fin, estoy tan rendido,
que ya el temor me atormenta
de aquella desconfianza,
que me da mi mala estrella.
aquestos príncipes son
cautelosos; su riqueza
es tanta como su industria;
yo no tengo en competencia
más corona que mi espada,
más oro que mi fineza;
pero sin que me acobarde
de mi destino la fuerza,
la oposición del poder,
ni el temor de la cautela,
contra poder y destino,
contra industrias y violencias,
he de apurar mi fortuna,
para conocer si es ella
quien fomenta mi desdicha.

Yo, poniendo en esta empresa
mi amor contra sus industrias,
he de ver cómo pelean
entre cautela y amor
industria contra finezas.

TESTUZ. Pues a Dantea, Señor;
no haya aquí más que Dantea:
danteemos noche y día,
y al Dante, aquel gran poeta,
has de leer siempre.

FERNANDO. ¿Por qué?

TESTUZ. Porque sepa que danteas.

FERNANDO. Mucho temo a mis contrarios.

TESTUZ. Dantearlos las cabezas.

FERNANDO. Ya vuelven por el jardín
A disputar el emblema.

TESTUZ. Pues, Señor, cierra con ellos,
Y remátalo en pendencia.

FERNANDO. Y ¿luego?

TESTUZ. Huir, y que todos

queden hechos unas bestias.

MÚSICA (Dentro.)

¿Cuál dolor debe escoger
la más hidalga fineza:
ver la querida belleza
muerta, o en otro poder?

Escena III

DANTEA, LISARDA, CELIA, ROBERTO, el CONDE, MÚSICOS,
ACOMPAÑAMIENTO.- Dichos.

LISARDA. Tome Dantea lugar,
y comience la academia.

DANTEA. Lisarda, aquí no hay razón
por que en nada me prefieras;
sentémonos igualmente.

(Ap. ¡Qué notable es su modestia!)

LISARDA. (Aparte)

Tú lo verás, si yo logro
lo que mi ambición intenta,
y el Conde logra su empeño.

(Siéntanse las damas y los galanes.)

DANTEA. Repitan pues el problema.

MÚSICA. ¿Cuál dolor debe escoger? etc.

LISARDA. Insufrible es el dolor
de verla en otro poder,
pero dejarla de ver
perpetuamente, es mayor.

Y pues es el mal menor,
aunque en poder de otro el vella,
quien escoge el no perdella
es más fino y no cruel,
porque le está bien a él,
y le está mejor a ella.

CONDE. Verla morir es un mal
que no hay poder que lo impida;
verla de otro poseída,
es mal y afrenta inmortal.

Si sobre un mal sin igual
en verla una afrenta lloro,
muera la vida que adoro,
que no hay razón ni destino
que obligue un pecho a ser fino
a costa de su decoro.

DANTEA. El desprecio de la dama
no es injuria del galán,

que despreciados están
los amantes con más fama.
Más dolor para quien ama
Será; más quien ver procura
(porque el dolor más le apura)
muerta su amada beldad,
quiere su comodidad
mucho más que su hermosura.
TESTUZ. Si otro llegase a alcanzalla
dama que a mi me arrastró,
no quisiera verla yo
muerta ya, sino matalla.
Pero pues es la batalla
sobre si debe un fiambre
galán ver cortar su estambre
antes que a otro abra la puertas,
yo la quisiera ver muerta,
Pero había de ser de hambre.
CELIA. Querer por solo querer
es el más perfecto amor,
y a este no ofende el dolor
de verla en otro poder.
Luego el galán que (por ver
que otro goza lo que amaba)
tanto su paciencia acaba
que muerta quisiera verla,
no la quiso por quererla,
sino por lo que esperaba.
ROBERTO. No espera el perfecto amor
ser de amor correspondido,
pero no ser ofendido
es deuda del pundonor.
Quien escogió por mejor
a otro, me ofende y maltrata;
su vida su error dilata;
y que muera su belleza
es más hidalga fineza
que verla viva y ingrata.
FERNANDO. Aunque me ofendió el desdén
de mi dama que a otro amó,
no es ingrata, pues premió
a quien la amaba también.
Mas doy que el nombre le den
de ingrata, bien que es error,
¿Cuanto más fino es mi amor,
más hidalgo y de más precio,
si la perdono el desprecio

a costa de mi dolor?

ROBERTO. Ni hidalguía ni fineza

es ver un pecho constante

su dama con otro amante,

sino humildad y bajeza.

Y es sin duda que es flaqueza

de no osar verla morir,

el querer verla vivir

con otro; y no puede ser

que bien supiese querer,

el que lo pudo sufrir.

FERNANDO. Eso es probar la grandeza

del rigor, y yo confieso

que es más dolor, mas por eso

le ha de escoger mi fineza.

Y confieso que es flaqueza

de no querer mi temor

ver apagar su esplendor;

mas si flaqueza se llama

temer el mal de mi dama,

¿Qué puede ser sino amor?

ROBERTO. Amor es, mas no hidalguía.

FERNANDO. Mas hidalga es la piedad.

ROBERTO. No hay piedad con la crueldad.

FERNANDO. Esa es mayor tiranía.

ROBERTO. ¿Por qué, si la ofensa es mía?

FERNANDO. La fineza la atropella.

ROBERTO. Siempre es menos mal el vella

muerta que viviendo así.

FERNANDO. Eso es quererme yo a mí,

y esto es quererla yo a ella.

ROBERTO. De la cobardía es maña

defender a quese intento.

FERNANDO. Siendo fuera de argumento,

el que lo piensa se engaña.

(Levántanse todos.)

DANTEA. Basta, no pase adelante.

¿No puede hallar la razón

luz para mi confusión?

TESTUZ. Mi amo es el más fino amante;

mas esta cuestión se ajusta

con un medio que yo dé.

DANTEA. ¿Cuál es?

TESTUZ. Que el galán que ve

que de otro su dama gusta,

mil patadas con despecho

la casque; que claro está

que ella no se morirá,
y él quedará satisfecho.

DANTEA. No sé qué es, hermana mía,
este mal, que cuanto intento
para mi divertimento,
para en más melancolía.

LISARDA. Pues ¿qué quieres?

DANTEA. Solo el iros
me alivia; estar sola quiero.

ROBERTO. Yo iré a buscar el primero
medios para divertirlos. (Vase.)

CONDE. Yo haré lo mismo. (Ap. Lisarda,
ya está un veneno dispuesto,
para que logres con esto
la dicha que amor te guarda.)

LISARDA. El secreto es importante.

CONDE. Asegurado está en mí. (Vase.)

LISARDA. (Ap ¡Que me obligue el Conde así,
y me canse el verle amante!
mas ¿qué mucho, si los ojos
puse en Fernando?) Dantea,
ya que ese tu gusto sea,
dilatarlo es darte enojos. (Vase.)

DANTEA. ¡Qué humilde es su pecho fiel!
Siempre me obliga a querella.

Dejadme todos.

TESTUZ. Oye ella.

CELIA. ¿Qué es lo que me quiere él,
que me llama tan despacio?

TESTUZ. Quiero, y no saben qué quiero.

CELIA. Yo solo sé que hay dinero.

TESTUZ. No es eso para palacio.

CELIA. Ni eso.

TESTUZ. Y ¿quedo yo entablado?

CELIA. ¿Qué cosa?

TESTUZ. Digo, ¿habrá modo?

CELIA. ¿De qué?

(Vase con los músicos y el acompañamiento.)

Escena IV

DANTEA, FERNANDO, TESTUZ.

TESTUZ. ¿He de decirlo todo?

De algo. -Y se fue a lo callado.

Brava es la Celia.

FERNANDO. Señora,
si todos como yo están,

muy desconsolados van.

DANTEA. Pues ¿de qué lo estáis ahora?

FERNANDO. De que si es gusto el quedaros sola, piensan mis suspiros que no obliga en asistiros quien os alivia en dejaros.

DANTEA. Los accidentes del día no alteran la obligación (siempre es firme el corazón), sino la melancolía.

FERNANDO. Si es tristeza, y no desdén, quien vive de su esperanza, habiendo en el mal mudanza, ¿podrá esperar algún bien?

DANTEA. Iros con algún favor queréis, y es presto.

FERNANDO. Es verdad.

Dios os guarde, y perdonad; que es codicioso el amor. (Vase)

Escena V

DANTEA, TESTUZ.

TESTUZ. Si sola es fuerza dejaros, Voyme; y lo siento a fe mía; que contra la hipocondría tengo un remedio que daros.

DANTEA. ¿Cuál es?

TESTUZ. Bien deja mostrarse que estáis triste con exceso.

DANTEA. Sí lo estoy.

TESTUZ. Pues para eso No hay cosa como alegrarse.

DANTEA. Buen remedio.

TESTUZ. Y no es cruel.

DANTEA. No le falta más que el medio.

TESTUZ. Pues nadie hace este remedio que no esté sano con él.

Mas yo daré otro más fino, Si eso es amor.

DANTEA. ¿Qué es amor?

TESTUZ. En el mundo es un licor que hace lo mismo que el vino; pues cuantos aman, entiendo que están borrachos a igual; y con su dama, es un mal

que se les quita durmiendo.
DANTEA. Sufro desvelos crueles.
TESTUZ. Ese mal es muy cruel
DANTEA. ¿Y hay remedio para él?
TESTUZ. Escribir muchos papeles.
Y si ese mal te condena,
no hay sino que a troche y moche
escribas toda esta noche;
y mañana estarás buena.
DANTEA. Fácil el remedio toco.
TESTUZ. Vuestra alteza le haga ya,
y veamos cómo le va.
DANTEA. Sí haré; andad.
TESTUZ. Y cenar poco.
DANTEA. ¿Sois médico?
TESTUZ. De parola.
Mas serélo en dos instantes,
ordenando aquestos guantes;
digo huevos y escarola.
Mas ¿se receta esta cena
de balde?
DANTEA. Tomad ahora.
(Dale una sortija.)
TESTUZ. No, Señora; no, Señora.
Vuestra alteza estará buena. (Vase)

Escena VI

DANTEA; luego, el SENESCAL, de camino.

DANTEA. Este loco me entretiene;
no sé si es porque su dueño
da a mi atención más empeño.
Mas ¿quién aquí dentro viene?
SENESCAL. Los pies me dad, Señora; que escondido,
hasta que sola vos hayáis quedado,
en el jardín he estado.
DANTEA. Senescal, vos seáis muy bien venido.
¿Qué es esta novedad?
SENESCAL. Contento vengo.
DANTEA. Decid; que las albricias os prevengo.
SENESCAL. La nueva en mi deseo viene tarde.
Vuestro tío, Señora, que Dios guarde
del peligro que espera, y no le extraña,
está a vista del turco en la campaña.
Y aunque con su valor siempre se halla,
viendo el dudoso fin de la batalla,

y en Hungría, faltando su persona,
queda a muchos peligros la corona,
resolvió anticipar su testamento
a riesgo tan dudoso y tan violento;
donde sois la llamada y la escogida,
a la corona en falta de su vida.

Mas por condición manda que en Hungría
por princesa no os juren hasta el día
que vos elijáis dueño;
que a vuestra discreción fía el empeño.

A boca estas noticias me ha fiado;
que el testamento es este, que cerrado
a vuestra alteza envía. Mas le ordena
que se abra estando aquí su corte plena.

DANTEA. Senescal, esta nueva, esta alegría
Siempre el amor que os tuve me debía.

Ya sabéis que por padre os he tenido,
que esto mi educación os ha debido;
pero me halláis aquí con un empeño
que hace mayor el elegir yo dueño.

Los príncipes sabéis, de que asistidas
mi hermana y yo, hemos sido pretendidas.

SENECAL. Ya sé que asisten hoy a vuestra corte
a esta acción los más príncipes del norte.

DANTEA. Pues yo he tenido aviso repetido
de que me guarde, que hay quien atrevido
intenta darme muerte.

SENECAL. ¿Cómo? ¡Válgame el cielo! ¡Empeño fuerte!
¿Muerte a vos? ¿Con qué medio?

DANTEA. No os asustéis, y vamos al remedio.

SENECAL. ¿Sabéis quién es?

DANTEA. Ésa es la duda mía.

Sospechar dellos, necedad sería,
pues pensar no se puede que el que espera
la corona por mí, matarme quiera.

Mi hermana es tan modesta y cortesana,
que más es mi vasalla que mi hermana.

SENECAL. Pues si vos aún estáis en ese engaño,
¿Cómo se puede remediar el daño?

DANTEA. Las cosas que por sí van sucediendo,
a veces al discurso van abriendo
luces para enmendar una fortuna,
y aquesta nueva me ha ofrecido una.

Bien puede ser que el ver en mi persona
más señas de heredar esta corona,
haya movido esta atención liviana
en quien, mejor que a mí, quiere a mi hermana.

SENESCAL. Bien puede ser.

DANTEA. Pues yo el remedio intento.

SENESCAL. ¿Cómo ha de ser, Señora?

DANTEA. Estadme atento,

ya que en este testamento
mi tío (que el cielo guarde)
de la corona de Hungría
hoy heredera me hace,
fiando a mi discreción
que elija esposo y amante,
su confianza me empeña
al acierto de casarme.

Escoger una mujer
de buen gusto y buen dictamen
buen galán, no es muy difícil,
buen marido, no es muy fácil.
y este empeño, que es común
en cualquiera mujer, se hace
más en mí, pues de ser reina
la circunstancia me añade.

Yo, como tal, buscar debo
esposo en quien juntos hallen
mi corazón buen marido,
y mis vasallos buen padre.
Más que amor, ha de tener,
luces de rey quien me alcance;
que no casa como reina

la que casa como amante
¿qué importará el ser querida,
si mal casada me hacen
de mi reino mal regido
los amores populares?

Los suspiros de mi esposo
¿qué halago me harán, si traen
inficionado de quejas
de mis vasallos el aire?

¿Cómo podré yo pensar
que abrazos, que fueron antes
cuchillo para mis hijos
a mí sin riesgo me enlacen?

Los brazos daré más grata
al rey que, de vigilante,
más por descanso los busque,
que por cariño los halle.

Este acierto está enlazado
con la noticia importante
del riesgo que me amenaza,

y uno y otro ha de lograrse.
Vos os retirad ahora,
y pues no os ha visto nadie,
habéis de entrar publicando
que mi tío (que Dios guarde)
por heredera declara
a Lisarda, y al instante
que el uso de su asistencia,
como princesa la trate;
guardaréis el testamento,
y hasta lograr el dictamen
que llevo, de entre los dos
no salga intento tan grave.
Si quien matarme quería,
tiraba a desheredarme
(que es preciso que esto sea,
no habiendo ofendido a nadie),
cesará su intento y luego
saber quién es, es más fácil,
y de quién guardarme debo
cuando reina me declare.
Y al mismo tiempo podré
saber de entre mis galanes
cuál me quería ambicioso,
cuál lisonjero y amante;
sirviéndome esta noticia
de que confiriendo partes,
no escoja el entendimiento
lo que a los ojos engañe.
Vos diréis (para lograr
la dilación deste lance)
que el testamento esperáis.
Y cuando el caso llegare
de ver logrado mi intento,
vos haréis juntar los grandes
diciendo que ya ha venido;
y yo entonces el dictamen
publicaré de mi industria,
que no habrá quien no le alabe,
sabiendo que mi motivo
ha sido en riesgo tan grave,
dar buen rey a mis vasallos,
a mi pecho digno amante,
tranquilidad a mi reino,
ejemplo a las majestades,
y eterno aplauso a mi nombre;
pues saldrá de riesgos tales

mi discreción coronada,
porque la fama la cante.
SENECAL. Solo el silencio, Señora,
dará alabanzas iguales
a vuestro ingenio; mas ya
en empeño semejante
la dilación es peligro
y no quiero dilatarle,
ni aun con el aplauso vuestro.
DANTEA. Pues, Senescal, a lograrle,
y procurad no ser visto.
SENECAL. Mil años el cielo os guarde. (Vase)

Escena VII

LISARDA; luego, TESTUZ. -DANTEA

LISARDA. Toda la corte, Dantea,
se ha alborotado esta tarde
con las fiestas; que hoy intentan
los príncipes alegrarte.

DANTEA. ¿Qué es lo que dices, Lisarda?
(Sale TESTUZ.)

TESTUZ. Jesús, ¡qué gran disparate!

DANTEA. ¿Qué es esto?

TESTUZ. Señora mía,

Los príncipes tus galanes,
que andan hechos ganapanes
para traerte alegría,
por fiestas, tienen contienda
que han de gastar dos millones.

Y yo les dije: «Tontones,
¿qué destruís vuestra hacienda?

Si hartaría queréis los tales
de alegría verdadera,

ahí está una turroneira,
que da la libra a dos reales».

DANTEA. Y tu amo, ¿qué intenta hacer?

TESTUZ. ¿Qué ha de hacer él más que amar?

Que ha menester empeñar
alhajas para comer.

DANTEA. ¿Tan pobre está?

TESTUZ. Es tan molesta

su pobreza, y aun la mía,
que damos ya señoría
a un vizconde que nos presta.

DANTEA. Y los príncipes ¿qué fiesta

hacen?

TESTUZ. Ellos lo dirán,
que ya aquí viniendo van.

Escena VIII

ROBERTO, el CONDE, FERNANDO; luego, CELIA - Dichos.

ROBERTO. Tal máscara como aquesta
no se habrá visto en Hungría.

CONDE. Más fiesta será el torneo.

FERNANDO. Yo solo con mi deseo
la podré dar alegría.

(Sale Celia.)

CELIA. Señoras, albricias pido.

DANTEA. Pues ¿de qué, Celia?

CELIA. Señora,
de que en palacio entra ahora
el Senescal.

DANTEA. ¿Qué habrá sido
la causa?

LISARDA. (Aparte.)

Ya desconfío

de la envidia que me espera.

Sin duda por su heredera

Ya la ha nombrado mi tío.

Escena IX

El SENESCAL.-Dichos.

SENESCAL. (Arrodíllase delante de Lisarda.)

Vuestra alteza, gran señora,

me dé la mano a besar,

como princesa de Hungría.

LISARDA. ¿Qué me decís, Senescal?

SENESCAL. Que vuestro tío, Señora,

viendo el peligro en que está

su vida en tan dura guerra

sin las armas de la edad,

por heredera os declara,

y este aviso anticipar

conmigo os quiso. y tras mi

el testamento vendrá

para que os jure este reino.

Dadme la mano.

LISARDA. Tomad

DANTEA. (Ap.) ¡Cielos, qué grave se ha puesto!

Vuestra alteza...

LISARDA. Bien está.

DANTEA. Goce mil años...

LISARDA. Mi cuarto

al del Rey luego mudad.

DANTEA. Goce mil años el reino.

LISARDA. Claro es que le he de gozar

DANTEA. ¿Darle el parabién es yerro?

Goce la corona en paz

vuestra alteza.

LISARDA. Dios os guarde.

DANTEA. (Aparte.)

¡Cielos, esta es la humildad!

SENEscal. (Aparte.)

Presto dio fuego la industria.

CONDE. (Aparte.)

Amor, ya mi dicha es más.

Pues sin ser cruel la logro.

ROBERTO. (Ap. Industrias, volved atrás,

que ya a Lisarda es forzoso

querer, si quiero reinar.)

Señora, mi parabién

no es mi atención quien le da

sino el afecto que siempre

arrastró en mi voluntad

vuestra divina hermosura.

DANTEA. (Aparte.)

Yo tenía buen galán.

CONDE. Pues del mío, gran señora,

cierto es que segura estáis,

pues sabéis que siempre el alma

fue víctima a vuestro altar.

LISARDA. Conmigo entrad, Senescal

SENEscal. Ya voy.

LISARDA. Y llamad la guarda

que me venga a acompañar.

DANTEA. Yo iré, Señora, a serviros,

si esta licencia me da

vuestra alteza.

LISARDA. A vuestro cuarto,

que allí más decente estáis.

ROBERTO. Todos sirviéndoos iremos.

CONDE. Dad licencia.

LISARDA. Acompañad;

que esa es galantería

que yo no puedo excusar.

(Vase con el SENESCAL, ROBERTO y el CONDE.)

FERNANDO. Pues ¿por qué me lo excusáis?
DANTEA. Porque os digo que esperéis.
FERNANDO. Y en eso ¿qué enigmas hay?
DANTEA. Que si me adelanto...
FERNANDO. ¿Qué?
DANTEA. No tendréis ya que esperar.
FERNANDO. ¿Qué es lo que dirá, Señora?
DANTEA. Que lo que lleváis es más.
FERNANDO. Mil años os guarde el cielo. (Vase)
DANTEA. Y él os de felicidad
TESTUZ. Y él nos dé que comer hoy. (Vase)
CELIA. Esto, Señora, es amar.
DANTEA. (Aparte.)
Ya sé quien me quiere bien;
sabré quién me quiere mal.

Jornada segunda

Salón del palacio

Escena primera

El CONDE, el SENESCAL, LISARDA.
(Hablen aparte el CONDE y LISARDA)
CONDE. Nunca, Señora, creyera
mudanza en vuestra atención.
LISARDA. Conde, es ya mi obligación
muy distinta que antes era.
Haberme dado mi tío
esta corona, me obliga
a que mi obediencia siga
sus luces sin albedrío;
casarme yo a mi elección
no es justo en aqueste estado.
CONDE. Y habermelo asegurado,
¿fue fineza o intención?
LISARDA. Entonces lo pude hacer.
CONDE. Y agora ¿quien lo impidió?
LISARDA. ¿No lo habéis pensado?
CONDE. No
LISARDA. El no haberos menester.
ya, Conde, soy yo princesa;

y aquí para entre los dos,
de aquella traición que a vos
os encargué, ya me pesa,
porque me obligó a temer
lo mismo que yo intentaba.
Mirad quien la fomentaba
cómo muda parecer.
CONDE. (Ap. ¡Que esto llegue yo a escuchar!
vive el cielo soberano,
que de su desprecio vano
la venganza he de tomar.
No llego a su hermana tarde
con intento y con aviso,
ella hará lo que esta quiso.)
Muy bien decís; Dios os guarde.
(Vase)

Escena II

LISARDA, el SENESCAL.
LISARDA. ¡Qué cansado pretendiente!
SENESCAL. Señora, en esta elección
puede vuestra discreción
hacer lo más conveniente.
LISARDA. Ya sé que lo ordena así
mi tío, y me fía el empeño;
mas yo pienso en otro dueño
que me está mejor a mi.
SENESCAL. ¿Quién es Señora?
LISARDA. Pues yo
¿Queréis que os diga mi amante?
SENESCAL. Pienso que os será importante.
LISARDA. Pues yo imagino que no.
SENESCAL. Mi consejo puede ser
que os sirva, cuando yo no.
LISARDA. Para elegir dueño yo,
no he menester parecer.
SENESCAL. (Ap. ¿Que esto Lisarda encubrías?
Oh qué de cosas se vieran,
si todos los hombres fueran
príncipes por cuatro días!)
Vuestra hermana viene aquí.

Escena III

DANTEA, TESTUZ. -Dichos
LISARDA. Ya me cansa tanta hermana.

¡Qué vanidad tan liviana!

DANTEA. (A TESTUZ al salir.)

Ten, que Lisarda está allí.

TESTUZ. Por eso me entraré más,
porque tengo tal estrella,
que también privo con ella.

DANTEA. ¿Qué dices?

TESTUZ. Tú lo verás

LISARDA. ¿Testuz?

TESTUZ. Bello serafín,
beso la tierra ermitaña,
donde se plantó la caña
del corcho de tu chapín.

LISARDA. Buen modo de saludarme.

DANTEA. (Aparte.)

¡Que habiéndome visto entrar,
se ponga mi hermana a hablar
con un bufón sin mirarme!

LISARDA. ¿Qué hay de nuevo?

TESTUZ. Mucho hallo
de nuevo siempre.

LISARDA. Y ¿qué es ello?

TESTUZ. Yo no trato de ir a vello,
porque no puedo comprallo.

DANTEA. ¿Cómo tu alteza ha pasado
la noche?

LISARDA. Ya se pasó
y halla sido bien o no,
ya no puede dar cuidado.

¿Cómo acá no viene ahora,
y el parabién no me ha dado
Fernando? ¿Se ha retirado?

TESTUZ. Sí, Señora, y no, Señora:
se ha retirado, porque
teme mucho el competir
con quien le ha de deslucir;
no se retira su fe,
porque su gusto, a mi ver,
tiene empeño verdadero.

LISARDA. ¿Con quién?

TESTUZ. Con un zapatero,
un sastre y un mercader.

LISARDA. Y ¿de amor?

TESTUZ. Es evidencia.

Él es pobre y yo su lobo;
tú eres reina y él no es bobo:
saca tú la consecuencia.

LISARDA. ¿Por qué no me ve?

TESTUZ. Eso es llano;

¿Quieres que se muestre fino
contra un conde palatino
y un príncipe transilvano,
nombre que solo al decillo,
con el ruido que le toca,
se me llena a mi la boca
desde colmillo a colmillo?
y él siempre, pues Dios lo hizo,
en Fernando ha de parar,
que se lo puede llamar
un sotacaballerizo.

LISARDA. A favores tus desdenes
la persona es por sus modos
la que obliga.

TESTUZ. Hoy no; que todos
obligan persona y bienes.

LISARDA. pues ¿le falta?

TESTUZ. ¿En eso estás?
con que sustentarme a mí;
y subiendo desde aquí,
para todo lo demás.

LISARDA. Toma y tendrás para ti.
(Dale una cadena.)

TESTUZ. ¿Cadena? Mil veces bueno;
zámpola en el hondo seno.

LISARDA. ¿Por qué la escondes así?

TESTUZ. Habrá quien llegue a pensar,
si la traigo al estricote,
que es cadena de galeote
y me la pueden rapar.

LISARDA. ¿Qué, eso en Fernando es temor?

TESTUZ. Es cierto, señora mía.

LISARDA. Pues yo imaginé que había
en Fernando más valor.

DANTEA. (Aparte.)

¡Jesús, con tanto Fernando!

TESTUZ. (Aparte.)

Mucho aquí se fernandea,
y yo juzgo que a Dantea
las tripas le están rallando.

LISARDA. Di a Fernando que el temor
nada ha llegado a adquirir.

DANTEA. (Aparte.)

Ya no lo puedo sufrir.

LISARDA. Y que en Fernando el valor

Es deuda.

TESTUZ. (Ap. a DANTEA.)

Mucho se inclina

a fernandear,

DANTEA. No; es desden.

TESTUZ. Señora, ¿os parece bien

bigotes con fernandina?

LISARDA. Ve, y el temor le condena

a tu amo.

TESTUZ. Así lo haré.

LISARDA. Y ¿volverás?

TESTUZ. Volveré

en gastando la cadena.

(Vase.)

Escena IV

DANTEA, LISARDA, el SENESCAL.

LISARDA. Venid, Senescal.

DANTEA. Señora,

ya es hora, si has de salir

a la quinta.

LISARDA. Hoy no quiero ir.

DANTEA. Pues ¿por qué?

LISARDA. No estoy ahora

muy buena.

DANTEA. A sentir me obligo

tu mal.

LISARDA. Más lo siento yo.

(Ap. Mas no es por eso, sino

por no llevarla conmigo:

pues siempre me ha de asistir

Dantea, quiera o no quiera.)

DANTEA. (Ap. Si esto fingido no fuera,

¿Quién lo llegara a sufrir?)

Pues ¿qué intentas?

LISARDA. ¿Hay porfía

como ésta? Salir no espero,

y así estarme sola quiero,

que tengo melancolía.

DANTEA. ¿Triste estás?

LISARDA. (Ap. Por ver si así

se alborota la ciudad.)

Los príncipes avisad

que hagan la fiesta por mí.

(Vase.)

Escena V

DANTEA, el SENESCAL.

DANTEA. ¿Qué os parece, Senescal?

SENESCAL. Señora, cuando tu ingenio
con su industria no lograra
más que este conocimiento,
por saber lo que en Lisarda
tenía oculto el silencio,
no era ocioso tu designio.

DANTEA. Pues ya he logrado un acierto,
que es saber quién bien me quiere;
que como amor es incendio,
es lo más fácil de ver,
aunque esté oculto en el pecho;
porque alumbra con las luces
lo que abrasa con el fuego.

Mas la traición es tan fea,
que por aquel horror mesmo
que ella causa a quien la ve,
mas difícil el intento
hace de quien la averigua,
pues por sus torpes defectos
ella misma a sí se oculta,
sin diligencia del dueño.

Siendo así que es mas difícil,
les importa a mis desvelos
apurar toda la industria,
para salir deste empeño,
no sé qué medio me valga
para saber con qué intento,
o quién matarme intentaba;
que no saber en su reino
de quién se puede fiar
quien le rige u de qué pecho
se debe guardar, es daño
tan irreparable y ciego,
que el juicio más desvelado
en acertar su gobierno,
cuando piensa que le acierto,
suele errar con más acierto.
yo sospecho... Mas tened;
no sé quién entra aquí dentro.
luego os diré mi sospecha;
retiráos a este aposento.
SENESCAL. Bien decís, que importa mucho.
(Vase.)

Escena VI

El CONDE. -DANTEA.

CONDE. (Ap. Pues de Vengar mi desprecio
tengo tan buena ocasión,
no dilatarla pretendo.)

¿Señora?

DANTEA. ¿Qué decís, Conde?

CONDE. A mi fortuna agradezco
la dicha de hallaros sola.

DANTEA. Pues ¿qué intentáis?

CONDE. Un empeño,
que a vos os hará dichosa,
vengándoos a un mismo tiempo
de quien contra vos quería
lograr una traición.

DANTEA. (Ap. Cielos,

si es la noticia del daño
que yo descubrir pretendo,
mucha fortuna es medirse
las dichas a mi deseo.)

Pues ¿porqué lo dilatáis?

CONDE. No sé si licencia tengo
de hablar claro con vos.

DANTEA. ¿Licencia? Pues ¿dudáis eso?
aviso tan importante
debiera costarme ruego.

CONDE. Pues, Señora, vuestra hermana,
en vos acaso creyendo
más favor en vuestro tío
para heredar este reino,
para asegurar en sí
de la corona el derecho,
daros la muerte intentaba,
siendo el cruel instrumento
un veneno, y yo el ministro.
mas yo (el peligro temiendo,
de que se valiese de otro,
que ejecutara sangriento
tan cruel resolución)

aceté en falso el empeño

(Ap. Esto me importa fingir),

dilatando su deseo

del modo que ya se infiere

de no lograrse el efecto.

Llegó a este tiempo el aviso

de su elección, y yo viendo
contra vos trocarse en ella
en tiranía el imperio,
en soberbia la modestia,
dándoos aviso del riesgo
que ocultaba su cautela,
movido de los afectos
que siempre me habéis debido,
os propongo el mismo empeño.

Asegurad con su muerte
en vuestras manos el cetro;
que en vos es justa venganza
lo que traición en su pecho.

Y porque no os acobarde
ni la ejecución ni el medio,
yo me ofrezco para todo
sin esperanza ni premio;
porque es una ingratitud
tan odiosa, que en mi celo
solo su castigo mueve
la nobleza de mi aliento.

DANTEA. (Aparte.)

Cielos, cuanto sospechaba
mi temor ha sido cierto;
mas disimular importa.

CONDE. ¿Qué suspende el valor vuestro?

DANTEA. ¿Qué decís, Conde? ¿Sabéis
con quién habláis? Porque es cierto,
que ignoráis que habláis conmigo,
o la obligación que tengo.

¿Vos con tal proposición
osáis perder desatento
a mi hermana su decoro
y a mi atención el respeto?

Tan sangrienta alevosía,
tan infame pensamiento,
ni nunca cabrá en el mío,
ni haber pudo en su pecho;
que a haber, siendo tan una
nuestra sangre, el honor nuestro,
la voz que injurió la suya
me avisara con el eco.

Tan grande es el desacato
de fingiros a vos mesmo
que ella quiso ser aleve,
como que yo serlo puedo.
y así, es verdad que fue falso

que ella tuvo ese deseo,
porque me dais el aviso
cuando en mí ha cesado el riesgo.
mi hermana entonces pensaba
ser mi vasalla, y hoy, cuerdo
mi tío, la hace princesa,
que mil años guarde el cielo.
¿No era mejor avisarme,
para enmendar sus excesos,
cuando pudo ser castigo,
que cuando es atrevimiento?
Ya ni en mí hay riesgo ni en ella;
luego vuestro injusto celo
solo procura el delito,
pues ya no busca el remedio,
ea Conde, que en el caso
se ve bien que vivís ciego,
pues no habéis tenido vista
para encubrir estos yerros.
Idos ya de mi presencia,
idos y advertid que os ruego
que por el honor de entrambos
esto sepulte el silencio;
que aunque sepa quien oyere
lo que leal, noble y cuerdo
respondió mi honor, será
descrédito de mi pecho
que me tengan por mujer
de semblante tan ligero,
que os pude dar osadía
para perderme el respeto.
Idos, Conde.

CONDE. Ya me voy;
pero siento, vive el cielo,
que seáis leal con quien
os quiso dar un veneno.

DANTEA. Eso, Conde, es afirmaros
en el engaño propuesto.

CONDE. Pues ¿no, si pasó conmigo?

DANTEA. ¿Qué es lo que decís?

CONDE. Que es cierto.

DANTEA. Mirad que estáis engañado
y esa es pasión de otro afecto.

CONDE. Vive Dios que lo publique
a voces.

DANTEA. Conde, ¿qué es esto?
Hola, criados. -Mi hermana

viene aquí, y viven los cielos,
Conde, si eso proseguís,
que le diga el error vuestro.

Señora...

CONDE. Callad, Dantea.

DANTEA. De mi labio ha de saberlo.

CONDE. Ya me voy.

DANTEA. Pues ¿qué esperáis?

CONDE. (Ap. Esconderme allí pretendo,

por si le dice a Lisarda

lo que ha de negar su pecho.

Saldré y haréla el desaire

de que se sepa que es cierto,

diciéndoselo en su cara.)

Dantea, guárdeos el cielo. (Se oculta.)

Escena VII

DANTEA: luego. El SENESCAL; el CONDE, oculto.

DANTEA. Porque se fuese fingí

que venía mi hermana. ¡Oh pechos

humanos, lo que encubrís

debajo de un mortal velo! -

¿Senescal?

SENESCAL. (Sale.)

Señora mía,

ya escuché todo el suceso.

DANTEA. ¿Qué os parece deste caso?

SENESCAL. Doy alabanza a tu ingenio,

y de lo que no creyera

mudo he quedado y suspenso.

¡Quién tal pensara en Lisarda!

DANTEA. Ya me pesa de saberlo;

que es corno quien tiene un vidrio

del gusto de su deseo

(que es por hechura y fineza

tan singular en extremo,

que como él no ha de hallar otro)

y acaso con él bebiendo

le da un golpe; y asustado,

por de fuera y por de dentro

le mira; y viéndole roto,

lo que buscó con desvelo

le da tal pesar hallado,

que le arroja con despecho.

Así yo tenía en mi hermana

una amiga, en quien el cielo

me dio por sangre y amor
lo que en otra hallar no espero.
Dióse en la traición un golpe,
y procurando el desvelo
averiguar el delito,
cuando le miro en su pecho,
me da tal pesar hallarlo,
que como a hermana la pierdo
y como a vidrio la arrojó;
quedando en el sentimiento
de que hallar puedo otra amiga,
mas otra hermana no puedo.
CONDE. (Ap. donde está oculto.)
Cielos, según lo que escucho,
fingido fue el sentimiento.
SENECAL. Pues ¿qué es lo que determinas?
DANTEA. Advertiroslo pretendo.

Escena VIII

ROBERTO, que al salir se detiene y observa oculto desde el cancel. -Dichos.

ROBERTO. (Al paño.)

Aún no ha salido Lisarda,
pero con Dantea encuentro
cara a cara; retirarme,
por no desairarla, quiero,
si me habla. Este cancel
podrá tenerme encubierto
sin que me vea aunque pase,
pues ya es fuerza entrar adentro.

DANTEA. ¿Dónde el testamento está?

SENECAL. Guardado siempre en mi pecho.

DANTEA. Pues, Senescal, vos ahora
habéis de juntar el reino;
diciendo que ya ha venido.

Y antes de abrirle, el pretexto
publicaré que he tenido;
pues de fingir con acuerdo,
que mi hermana era princesa,
cuando a mí en el testamento
me hace heredera mi tío,
ha resultado el acierto
de escoger yo buen esposo
y asegurarme del riesgo,
y dar buen príncipe a Hungría;
pues cuando en Fernando veo
tan desnudas las finezas

de otros lustres, será cierto
que unirá a las de mi gusto
las luces de su gobierno.
Yo he de premiar sus finezas.
SENESCAL. Tan cuerda elección apruebo.
CONDE. Cielos, ¿qué es lo que he escuchado?
ROBERTO. Ambición, ¿qué es lo que advierto?
CONDE. ¡Que la princesa es Dantea!
ROBERTO. Y ¡en Lisarda es fingimiento!
CONDE. Pues aquí de mi cautela;
que ya es más fijo el empeño
de hacerme yo rey de Hungría,
o vengarme del desprecio. (Vase.)
ROBERTO. Pues aquí de mis industrias,
que si las finezas fueron
de Fernando las que obligan
a que le elija por dueño,
yo, oponiendo mis industrias;
haré sus finezas menos.
DANTEA. Esto, Senescal, importa.
SENESCAL. Luego voy a obedecerlo.
DANTEA. Obrad siempre con recato.
SENESCAL. Copia seré del silencio. (Vase.)

Escena IX

DANTEA, ROBERTO, que sale donde estaba retirado.
ROBERTO. (Ap. Agora entra bien mi industria;
que cuando ella esta entendiendo
que yo ignoro lo que finge,
mejor engañarla puedo,
pues no sabe que la he oído.)
Señora...
DANTEA. Guárdeos el cielo,
Príncipe.
ROBERTO. Tarde he logrado
la ocasión de mi deseo.
DANTEA. ¿Vos tenéis que desear,
siendo quien sois, y teniendo
el empleo de mi hermana?
ROBERTO. (Ap. ¡Cómo engañan los sucesos!)
¿No sabéis, Señora, vos
que siempre mis pensamientos
dediqué a vuestros aplausos?
DANTEA. Yo lo pensaba, mas luego
que mi hermana fue escogida
para heredar este reino,

que no puede en la hermosura,
se le añade en el respeto.
mas ¿para qué examináis
los motivos de mi afecto
en si vengo tarde o no,
pues estando como os veo,
sin corona y sin herencia,
el buscaros y el quereros,
de que no vengo ambicioso
es indicio a cualquier tiempo?
DANTEA. Esto sin duda es fineza;
mas lo que creer no puedo
es que en Fernando haya engaño.

Escena X

FERNANDO y TESTUZ, que al ver a ROBERTO se detienen. -Dichos.

TESTUZ. (Ap. a FERNANDO.)

Entra, que ella está aquí adentro;...

un poco espera, que está

aquí el príncipe Roberto.

DANTEA. Pues ¿qué indicios tenéis vos

de que haya tanto secreto

en mi hermana con su amor?

ROBERTO. Nunca mi dicha he compuesto

de los desaires de otro;

mejor os lo dirá el tiempo.

DANTEA. (Ap.) Quiera amor que tal no diga.

ROBERTO. Muy poco, Señora, os debo,

pues no dais a tal fineza

ni aun el agradecimiento.

DANTEA. Ese no puedo negarle;

creed, Príncipe, que agradezco

y estimo vuestra fineza.

FERNANDO. (Ap. a TESTUZ, donde están retirados.)

¡Qué es lo que he escuchado, cielo!

TESTUZ. ¿Qué has de escuchar? Que agradece.

Pues eso ¿no es santo y bueno?

ROBERTO. Que acetéis lo que os propongo

no os pido; mas por lo menos

dadme algunas esperanzas.

DANTEA. Es, Príncipe, mucho empeño,

y hay en él que mirar mucho;

mas ya que no os da mi pecho

esperanza, no os la quita.

ROBERTO. No es poca esa.

DANTEA. Si es consuelo,

Llevad ese por ahora.

FERNANDO. ¿Y esto?

TESTUZ. No parece bueno
pero no es más que muy malo.

ROBERTO. Yo voy, Señora, contento
a empeñar con más finezas
vuestros agradecimientos.

DANTEA. Siempre serán estimadas.

ROBERTO. Bastante es. (Vase.)

Escena XI

DANTEA, FERNANDO, TESTUZ

DANTEA. Guárdeos el cielo.

FERNANDO. Testuz, vámonos de aquí.

TESTUZ. Pues ¿por qué?

FERNANDO. Porque no quiero
con mujer que estima a tantos
más amor.

TESTUZ. Y ¿es malo eso?
si te quiere sobre tantos,
no te pedirá dinero.

DANTEA. ¿Qué es esto? Fernando ha entrado,
y se va al verme. ¿Si es cierto
lo que el Príncipe me ha dicho?

FERNANDO. Ven tras mí.

TESTUZ. Voyte siguiendo.

DANTEA. ¡Ah Testuz!

FERNANDO. Haz que no oyes.

TESTUZ. Cierto que eres majadero;
si sabe que soy Testuz,
¿no ves que no puedo menos
de ser de oreja? -¿Qué mandas?

Di. (Sale.)

DANTEA. Se me hace de nuevo
que no me hable don Fernando.

TESTUZ. Tiene razón, que no es viejo,
mas anda ronco de voz
porque está en muda.

DANTEA. Y ¿qué es eso?

TESTUZ. Quiere mudarse.

DANTEA. ¿Por qué?

TESTUZ. Porque el cuarto que tenemos,
como no está asotanado,
es malo para el invierno.

DANTEA. ¿Esa es su mudanza?

TESTUZ. Y otra

que tiene en el pensamiento.

DANTEA. Y ¿de qué es esa mudanza
que piensa hacer?

TESTUZ. Eso es bueno.

Pues ¿no sabes qué es pavana?

DANTEA. ¿De danza es?

TESTUZ. Claro está eso;

pero tú entras en la danza.

FERNANDO. (Sale.)

Este criado es un necio;

si no tiene en qué serviros

que le deis licencia os ruego;

que le he menester ahora.

TESTUZ. No des tal; que miente.

DANTEA. ¿Es eso
quereros ir?

FERNANDO. Irme, sí;

mas querer, no.

DANTEA. No lo entiendo.

FERNANDO. Pues esto es decir, Señora,

que he cobrado tanto miedo

al querer, que mis acciones

sin voluntad las emprendo

con el uso de la vida:

porque en todos mis sucesos

tengo ya por experiencia

que mi fortuna, en sabiendo

que quiero, me las malogra;

y escarmentado en mi mesmo,

lo que quiere el corazón

lo recato aún de mi afecto.

Porque si cuanto he querido

porque lo quise lo pierdo,

mejor me está no querer,

por ver si con esto enmiendo

la esquivez de mi fortuna.

Y por lograrlo, si puedo,

quiero que entienda mi estrella

que no quiero lo que quiero.

DANTEA. Eso es, Fernando, encubrirlo;

pero queréis en efecto.

FERNANDO. No sé.

DANTEA. Vos me lo habéis dicho.

FERNANDO. Si lo dije, ahora lo niego.

TESTUZ: Si no está ratificado,

bien puede negar.

DANTEA. ¿No puedo

saberlo yo?

FERNANDO. No, Señora.

DANTEA. Yo, don Fernando, os prometo no decirlo a vuestra estrella.

FERNANDO. Tenéis vos mucho de cielo, y puede ser que esté en vos la estrella de que me quejo.

DANTEA. No está, si es la que imagino; que ya cayó ese lucero.

En fin, ¿queréis sin querer?

TESTUZ. Eso, Señora, es muy cierto;

porque él come sin querer, pues siempre viene diciendo

que no trae gana, y se zampa un capón hasta los huesos;

que yo imagino que traga por boca de cimiterio.

sin querer bebe muy bien,

sin querer duerme; mas esto

no imagino que es lo más,

que pocos duermen queriendo;

y si descalabra a alguno,

yo le disculpo con eso,

porque lo hace sin querer.

DANTEA. ¡Qué esto tenía encubierto

pues ya sé lo que queréis;

sí, Fernando, ya os entiendo:

más pudierais no haber dicho.

(Ap. Pero ¿para qué me quejo

si es darle la vanidad

de que tengo sentimiento?

él mismo me ha confirmado

el aviso que yo tengo,

pues esto todo concuerda

con aquel trato secreto.

Pues si no fuera verdad,

¿con qué causa o a qué efecto

me hablara con este estilo?

No creyera lo que siento.

¡Oh mal haya la razón;

que cuando el discurso necio

busca lo que le está mal,

le da luces para verlo!)

FERNANDO. ¿No dais licencia, Señora?

DANTEA. Ya la tenéis; idos luego.

FERNANDO. (Ap. Si los celos eran malos, esto es peor, que es desprecio.

Pues ¿por qué no he de quejarme?
Mas ¡qué loco pensamiento
Contra el mío y su decoro!)
Ven, Testuz. -Guárdeos el cielo.
TESTUZ. Pues ya no podemos irnos.
FERNANDO. ¿Por qué?
TESTUZ. Nos sale al encuentro
muy de princesa Lisarda,
porque la vienen siguiendo
música, damas y enanos.
Once enanas y diez negros.

Escena XII

MÚSICOS, DAMAS, LISARDA; aquellos vienen delante, y ésta detrás de todos.-Dichos.
MÚSICA. Sólo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento;
y aún no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.
LISARDA. (Ap. Fernando está aquí, y Dantea
ya con más pesar la veo
por hallarla con Fernando;
mas ¿de qué está tan suspenso?
con esta ocasión la envidia
podré disfrazar, que tengo,
de que príncipe ninguno
intente hacerme un festejo,
publicando mi tristeza,
cuando a mi hermana le hicieron.)
Fernando, ¿de qué tan triste?
FERNANDO. Señora, causa no tengo;
pues ¿en qué se ve ese indicio?
LISARDA. Si no estáis triste, suspenso
estáis.
FERNANDO. Eso sí, porque
es de la música efecto;
y aquí más, porque la letra
conviene a mi sentimiento.
LISARDA. ¿Qué dice?
FERNANDO. Volved a oírla.
(Ap. Así explicaré mis celos.)
MÚSICA. Sólo el silencio testigo, etc.
FERNANDO. Yo sigo un pleito en la audiencia
de amor, que me ha condenado,
y viéndome sentenciado,
no apelo de la sentencia;
morir y tener paciencia

es la apelación que sigo,
porque si la contradigo,
mal me podré defender,
si en mi razón puede ser
Sólo el silencio testigo.
Si declaro la razón
que tengo para tenella,
se hará mayor la querella
y más mi condenación.
Pues si los remedios son
para dar más sentimiento,
buscar, Señora, no intento
más remedio que morir,
pues si alguno ha de salir,
Ha de ser de mi tormento.
Yo he merecido mi mal,
pues sabiendo que no es nuevo,
a pleitos de amor me atrevo,
siendo mi estrella el fiscal.
De su destino fatal
lleno está el pecho, e intento,
necio, enmendar mi tormento,
pues dentro de mi dolor
quiero que quepa el favor,
Y aún no cabe lo que siento.
Siendo así que me condena
más mi suerte que el rigor,
será doblarme el dolor
buscar alivio a mi pena.
Y pues muero en la cadena
a que yo mismo me obligo,
yo me voy, y no prosigo
en explicarme, por ver
que me doy más a entender
En todo lo que no digo. (Vase)

Escena XIII

LISARDA, DANTEA, TESTUZ, DAMAS, MÚSICOS.

LISARDA. Yo no entiendo esto. Oye ahora,

Testuz, ¿qué tiene Fernando?

TESTUZ. De celos va reventando.

LISARDA. ¿De quién?

TESTUZ. Muy bueno, Señora;

¿No sabes su amor honesto?

LISARDA. Sí.

TESTUZ. Y ¿quién competirle pudo?

LISARDA. No sé.

TESTUZ. ¿Aún lo dudas?

LISARDA. Sí dudo.

TESTUZ. Pues respóndote con esto.

De frailes acompañado
pasaba un entierro un día,
y uno, a quien le parecía
el entierro autorizado,
a un fraile con inquietud
«¿Quién ha muerto?» preguntó,
y el fraile le respondió:
«El que ya en el ataúd.» (Vase.)

Escena XIV

LISARDA, DANTEA, DAMAS, MÚSICOS.

LISARDA. ¿De quién se puede quejar,
si de ninguno al amor
hice el más leve favor?

DANTEA. (Ap. ¡Qué más tengo que escuchar,
cielos! Lo que yo tenía
por burlas, de veras es.
pues si esta evidencia ves,
amor, cese tu porfía;
pero ¡qué mal le resisto!)
Si le dura su tristeza,
no canse yo a vuestra alteza. (Vase.)

LISARDA. Jamás tan cuerda te he visto.

(Vanse los músicos y las damas a una señal de LISARDA.)

Escena XV

El CONDE, -LISARDA.

CONDE. Sola está aquí Lisarda; agora espero
ver si me llama su desdén severo.

LISARDA. El Conde viene aquí; no quiero hablarle,
porque me canso ya de despreciarle.

CONDE. ¿Os vais por verme?

LISARDA. Sí; que es engañaros
el deciros que no.

CONDE. ¡Favores claros!
pues sabed que estoy yo para buscado.

LISARDA. Pues que os venga a buscar quien lo ha pensado.

CONDE. Pues no lo remitáis a otra persona,
porque a vos os importa la corona.

LISARDA. ¿Qué decís?

CONDE. Bien pudiera yo vengarme

de vuestra ingratitud con retirarme;
mas no os quiero dejar, sabiendo agora
que me habéis menester. ¿Juzgáis, Señora,
que sois princesa ya?

LISARDA. Pues ¿quién lo duda?

CONDE. Solo quien sabe la intención aguda
de Dantea, pues siendo la nombrada
y estando por princesa declarada
(Como esto ha de constar del testamento
que trae el Senescal), para el intento
que ella sabe también, que esto fingiera
le ordenó al Senescal, y agora espera
juntar el reino y declarar su empeño,
escogiendo a Fernando por su dueño;
y yo el testigo soy de lo que intenta.

LISARDA. ¡Cielos, raro desaire y rara afrenta!
¡Yo princesa fingida!

CONDE. Ved, Señora,
Si me habréis menester, pues soy yo agora
quien puede aseguraros valeroso
de tan grande desaire y tan forzoso.

LISARDA. Pues ¿cómo puede ser?

CONDE. Si yo lo hiciera,
¿qué premio vuestro pecho me debiera?

LISARDA. Siempre a ser vuestra desde aquí me allano.

CONDE. ¿Me dais esa palabra?

LISARDA. Y aún la mano.

CONDE. ¿Que seréis mía?

LISARDA. Vos seréis mi dueño

CONDE. Pues yo lo aceto, y vamos al empeño.

Vos tenéis posesión, que es lo primero
y por princesa os tiene el reino entero;
este secreto solo está fiado
al Senescal, que tiene resguardado
su crédito en la fe del testamento;
porque no tenga oposición mi intento,
aunque vos no, yo sé de aviso cierto
que vuestro tío en la batalla ha muerto;
si el testamento deo sepultado
en el silencio, como lo he pensado,
vuestro derecho en posesión se queda,
sin que haya nadie que impedirlo pueda.

LISARDA. Es sin duda.

CONDE. Pues vamos a la empresa;
Y para que os aclamen por princesa
cuando esta nueva llegue a sus oídos,
tened vuestros parciales prevenidos.

LISARDA. Pero ¿si él luego la traición demuestra?

CONDE. Eso me toca a mí.

LISARDA. Y a mí el ser vuestra.

Pues ¿dónde vais ahora?

CONDE. A ejecutarlo.

LISARDA. Pues no lo dilatéis.

CONDE. Eso es lograrlo.

LISARDA. Yo espero coronar vuestra persona.

CONDE. Yo a aseguraros voy esta corona.

(Vanse.)

Escena XVI

FERNANDO, TESTUZ.

FERNANDO. Yo muero.

TESTUZ. Aquese es el fruto
de amor.

FERNANDO. Yo muero, Testuz.

TESTUZ. ¿No era mejor el capuz,
que ir agora a sacar luto?

FERNANDO. Muerto estoy.

TESTUZ. Bien lo encareces.

Yo apostaré, si eso es cierto.

Que de aquí a mañana has muerto
más de otras cuarenta veces.

FERNANDO. ¿Cuál?... mas Celia viene aquí;
no hables con ella.

TESTUZ. ¿Qué es no,
estando rabiando yo
de celos?

FERNANDO. ¿De celos?

TESTUZ. Sí

FERNANDO. ¿Tú amor?

TESTUZ. Y amor que me casque;
que en mi alma también encarna.

FERNANDO. Calla.

TESTUZ. Pégasme la sarna,
y ¿quieres que no me rasque?

Escena XVII

CELIA. -Dichos.

CELIA. (Aparte.)

Aquí está; ¡oh, qué prevenido!

Pero ¿qué mucho, si aguarda
a que hoy se jure Lisarda,
pues los grandes han venido,

y está palacio hecho un cielo
de joyas?

TESTUZ. Digo, Señora...

CELIA. Pues ¿sin cadenas ahora?

TESTUZ. ¿Para qué?

CELIA. Causa es de duelo,
siendo lisardos los dos.

TESTUZ. Tuviéramos más trofeos
en eso que en ser danteos;
pero son juicios de Dios.

CELIA. Sí; que eso muy bien concuerda
con estar tormento dando
a mi ama, y lisardeando
por debajo de la cuerda.
y tú otra criada entablas.

TESTUZ. Mujer, que todo eso es broza.

CELIA. Pues ¿no la ama?

TESTUZ. Ni la moza.

FERNANDO. ¿Qué dices, Celia? ¿Qué hablas?
¿Yo a Lisarda?

CELIA. ¿Somos ciegos?

La corona os apasiona.

TESTUZ. Que no queremos corona.

CELIA. ¿Por qué?

TESTUZ. Porque somos legos.

FERNANDO. Bueno es eso, cuando fiera
ella me ha muerto.

TESTUZ. Pues ¿no?

Y está vivo, porque yo
le he dicho que no se muera.

CELIA. ¿Cómo, si ella tu impiedad
llorando está, porque ve
que no tienes fe?

TESTUZ. ¿Qué es fe?

Y esperanza y caridad.

FERNANDO. ¿Qué dices? Pierdo el sentido.

CELIA. Que todo hoy llorando ha estado:
más de una azumbre ha llorado.

TESTUZ. Tú, pienso que lo has bebido.

CELIA. Mas héla.

FERNANDO. Verdad ha sido
su llanto, pues de cuidado
trae al transilvano al lado.

Escena XVIII

DANTEA, ROBERTO. -Dichos.

TESTUZ. (Ap.) Por Dios, que le trae ceñido.

ROBERTO. Mucho agradezco, Señora,
a mi suerte que hayáis visto
mi verdad y mis finezas.

(Ap. No, sino industrias, han sido.)

DANTEA. (Aparte.)

Aquí está Fernando. ¡Cielos,
mucho me arrastra el cariño!

Mas primero es la razón
que el yerro de los sentidos.

FERNANDO. (Aparte a TESTUZ.)

Mira si por mí ha llorado;
sin mí estoy de lo que miro.

TESTUZ. Señor, que todas son unas;
no hay sino llevar cuchillos
los hombres, e ir degollando
mujeres como cochinos.

CELIA. Ya del reino acompañada
viene Lisarda; ¡qué brio
trae la que ha de ser dichosa!

Escena XIX

LISARDA, ACOMPAÑAMIENTO; todos con cadenas y joyas, como de jura. -Dichos.

LISARDA. (Ap. Temblando estoy del peligro
del desaire que me espera,
si lo que me ha prometido
el Conde no sale cierto.)

Dantea?

DANTEA. A tus pies me humillo.

(Ap. Hasta llegar la ocasión,
es forzoso lo que finjo.)

LISARDA. Hermana, llega a mis brazos;
que deste reino el dominio
desde aquí, mientras yo viva,
más tuyo ha de ser que mío.

(Ap. Esto me importa fingir,
por si no logro el designio.)

DANTEA. (Aparte.)

¿Qué nuevo agasajo es éste?

¿Mi hermana a mi tal cariño?

Cautela encierra; ¿si acaso
de la verdad tiene indicio?

Pero ¿cómo el Senescal
hasta agora no ha venido?

VOCES. (Dentro.)

Afuera, apartad.

LISARDA.

¿Qué es esto?

Escena XX

El CONDE -Dichos.

CONDE. El más desdichado aviso
que venir pudo a tu reino.

(Ap. Logróse el intento mío.)

LISARDA. Pues ¿qué ha sido?

CONDE. El Senescal

ayer, Señora, me dijo

que antes que os jurase el reino

tenía que hablar conmigo

cierto secreto importante;

y hoy llamándome a esto mismo,

solos los dos en un barco

nos alejamos al río,

acaso por parecerle

más solo y secreto el sitio.

Y apenas a proponerle

comenzaba, cuando vimos

que el barco, rota la quilla

se iba a pique; y cómo el brío

daba a mi edad más aliento,

salto del barco, y al río

me arrojó, y en él, luchando

con el agua, que el cielo quiso

que otro barco me socorra,

que acaso por allí vino.

Seguro yo, al Senescal

ir a socorrer quisimos;

mas por presto que llegamos,

no hallamos seña ni indicio

de su persona ni el barco,

por ser tan profundo el río,

que, como al mar desemboca,

dio con él en sus abismos.

DANTEA. ¡Qué es lo que escucho! Vasallos,

deudos, parciales y amigos,

vuestra princesa soy yo

por elección de mi tío;

que esto ordena el testamento,

que el Senescal ha perdido.

Y el fingir yo que a Lisarda

nombraba, fue con motivo

de poder daros buen rey

y escoger yo buen marido,

y asegurarme, avisada
de una traición que conmigo
lograr Lisarda intentaba.
ROBERTO. Y yo dello soy testigo.
LISARDA. ¡Ay de mi guarda! ¡Qué escucho!
Soldados.

Escena XXI

Un CAPITÁN, SOLDADOS.- Dichos.

CAPITÁN. Aquí asistimos.

UNA VOZ. (Dentro.)

¡Nuestra princesa Lisarda
viva!

VOCES. (Dentro.)

¡Viva muchos siglos!

DANTEA. ¿Qué es esto, alevos vasallos?

¿Contra el orden de mi tío?

¿Mi razón no hay quien defienda?

LISARDA. Prendedla.

FERNANDO. (Ap. Cielos, ¡qué miro!

una cosa son los celos,
y otra mi dama en peligro.)

Vive el cielo, que es verdad
cuanto aquí Dantea ha dicho;

y el que lo contradijere
es traidor y fementido,
y yo lo defenderé.

TESTUZ. Y yo definiendo lo mismo;
mas no podré sustentarlo
si no fuere a pan y vino.

LISARDA. Llevadla a su cuarto presa.

VOCES. (Dentro.)

¡Viva Lisarda!

ROBERTO. (A FERNANDO.)

Esto ha sido
prevención, y es ignorancia
el querer contradecirlo.

FERNANDO. Contra todo un reino entero
yo solo lo contradigo,
y moriré en su defensa.

DANTEA. Tente, Fernando, que el brío
es aquí temeridad
mas que valor; sin peligro
me sacará deste empeño
la voluntad de mi tío.

(Ap. Cielos, aquí he averiguado

que sólo Fernando es fino.)

LISARDA. Llevadla pues; ¿qué esperáis?

FERNANDO. ¡Ah, pese al aliento mío!

¡Que es preciso que esto sufra!

CELIA. Señora, ¿qué revoltillos son estos?

CAPITÁN. Venid, Señora.

DANTEA. Ven, Cella; que su castigo tendrán todos los traidores cuando lo sepa mi tío.

CONDE. (Aparte.)

No hará; que de que ya es muerto me ha confirmado el aviso.

LISARDA. Entre tanto estarás presa, porque no seas motivo de algún tumulto en el reino.

(Ap. Y aseguraré el peligro

con tu muerte.) -Capitán,

llevadla como os he dicho,

y toda la guarda asista

en su cuarto, por si atrevido

hay quien defenderla intente.

Y a vos, Fernando, el castigo

desta osadía os daré,

si os atreveis al delito

de volver más a palacio.

venid vosotros conmigo.

ROBERTO. (Aparte.)

Esto es lo que vence ahora,

y lo mejor es seguirlo.

(Vanse LISARDA, el CONDE, ROBERTO y el acompañamiento.)

Escena XXII

DANTEA, CELIA, FERNANDO, TESTUZ, CAPITÁN, SOLDADOS.

CAPITÁN. Señora, que yo obedezca

en mi lealtad es preciso;

perdonadme.

FERNANDO. ¡Que esto vea!

DANTEA. Fernando, solo he sentido...

FERNANDO. ¿Qué, Señora?

DANTEA. Haber pensado que no erais vos el más fino.

FERNANDO. Así fuera poderoso.

DANTEA. La verdad siempre lo ha sido.

FERNANDO. Ella y mi brazo serán contra vuestros enemigos.

más mi amor que en él mi brío.

TESTUZ. Pues échale tú en el río;
que yo soltaré la presa.

FERNANDO. Al primer empeño vamos;
y ya que librarla es,
vamos confiriendo pues.

TESTUZ. Nuestro intento confirmamos.

FERNANDO. Yo tuve un papel por suerte,
en que Dantea me avisa
que Lisarda...

TESTUZ. Que no es lisa.

FERNANDO. Intenta darle la muerte.

TESTUZ. Y no como al Senescal;
que, como viejo le vieron,
para el rosario le dieron
una muerte de cristal.

FERNANDO. Y unos vasallos leales
están resueltos por ella
a libralla y defendella.

TESTUZ. Y yo doy fe en que los tales
están en palacio agora.

FERNANDO. Y el capitán de la guarda
que antes defendió a Lisarda,
sabiendo su intento ahora,
y que esto ha sido traición,
promete leal y amigo
dejar abierto un postigo.

TESTUZ. Pues ¿de qué es tu suspensión?
si eso está ya concertado,
¿qué tienes tú aquí que hacer,
mas que tratar de comer
eso que te dan guisado?

FERNANDO. Más hay; pues aunque yo tengo
entre Bohemia y Hungría
una fortaleza mía,
donde llevarla prevengo,
me ha avisado el Capitán
que desde anoche Lisarda
tanto de vista la guarda,
que cumplirlo no podrán
mientras ella esté presente.

TESTUZ. Pues eso ¿tiene remedio?

FERNANDO. Sí, que yo he pensado un medio
que quite el inconveniente:
ir yo a hablarla, y dar con arte
tiempo a lo que se pretende.

TESTUZ. Buen medio, si ella te prende,

y luego quiere tocarte.

FERNANDO. Prohibióme entrar en palacio,
pero el ir a hablarla no,
si importa; mas no sé yo
en qué hablarla tan de espacio.

TESTUZ. Entra a darle un buen consejo.

FERNANDO. Y ¿en qué me he de dilatar?

TESTUZ. Di que le vas a contar
la vida de san Alejo.

FERNANDO. Calla, loco.

TESTUZ. Pues no sea;

di, para más dilaciones,
que por quinientas razones
aborreces ya a Dantea,
y que el número repare.
y al írselas a contar,
si hay yerro, vuelve a empezar;
y si el tiempo te faltare,
después de todas las cuentas,
finge que la tienes fe;
y si pregunta por qué,
di: «Esas son otras quinientas.»

FERNANDO. Poco reparas la fama
que mi amor siempre ha tenido,
¿no sabes que ni aun fingido
sé yo hablar mal de mi dama?

TESTUZ. Pues yo no sé mas, Señor.

FERNANDO. Yo ignoro medio bastante.

TESTUZ. Harto es que, siendo ignorante,
no sepas ser hablador.

Mas ya que tú el medio ignoras,
déjame ir a hablar con ella;
que yo me atrevo a tenella
la boca abierta seis horas.

FERNANDO. Pues ¿qué harás, si eso te toca,
para lograr ese intento?

TESTUZ. Darla a comer un pimiento,
con que se abra la boca.

FERNANDO. ¡Oh qué cansada locura,
cuando estoy tan afligido!

Pero si del atrevido
siempre ha sido la ventura,
lo mejor es arrojarme
a entrar, pues ya estoy acá;
que el acaso me dará,
medios para dilatarme.-

Testuz, yo resuelvo entrar.

no ha de llegar a mañana:
que aunque aquí, muerto mi tío,
nadie su razón sabrá,
con su muerte quedará
más fijo el derecho mío.

Desvelarme es importante
esta noche en asistirla
si no de verla, de oírla
no he de apartarme un instante.

Allá voy; pero ¿qué veo?

TESTUZ. (Ap. a FERNANDO.)

Que te acomete, Señor.

FERNANDO. Señora, el postrer favor
viene a lograr mi deseo,
si de vos licencia adquiere
para partirse de Hungría.

LISARDA. Ya vuestro error la tenía.
(Hace que se va.)

TESTUZ. (Aparte a FERNANDO.)

Vive Dios, que no te quiere.

FERNANDO. Oid, esperad, Señora;
que, a más de lo que os pido,
para hablaros he venido.

LISARDA. Pues no os puedo oír ahora.
(Ap. A buen tiempo hablar desea,
cuando me está el corazón
culpando la dilación
de no asistir a Dantea.)

FERNANDO. Mucha fuera la ignorancia
de entrar a hablaros ahora,
cuando no fuera, Señora,
cosa de vuestra importancia.

LISARDA. Oíros no puede ser
de tanta importancia en mí
como el detenerme aquí.

FERNANDO. Vos no lo podéis saber
sin oírme, y de esa duda
saldréis vos, Señora, pues.

LISARDA. ¿Ello es breve?

TESTUZ. (Ap.) Breve es,
pero de letra menuda.

FERNANDO. Tan breve como importante
a vuestro reino.

TESTUZ. (Ap.) Fruncióse.

LISARDA. Pues decid presto.

TESTUZ. (Ap.) Clavóse.

FERNANDO. (Aparte a TESTUZ.)

Véte, Testuz, al instante.
TESTUZ. Ya voy, Señor; si el sermón
se te olvida que has pensado,
fíngete aquí enamorado,
que eso es entera pasión. (Vase.)

Escena III

LISARDA, FERNANDO.
FERNANDO. De dos intentos, Señora,
en que hablaros deseaba,
uno vuestro y otro mío,
ambos de igual importancia,
no sé cuál tomé primero;
que, aunque uno en otro se enlaza,
es poco atento quien antes
de sus conveniencias trata.
(Ap. Vive Dios, que yo no traigo
ningún intento en que hablarla;
pero mientras se me ofrece,
este episodio me valga.)
LISARDA. Pues si eso sabéis, decid
la que debéis, o si paran
en un fin por ser más breve,
decidlas a un tiempo entrambas.
FERNANDO. Claro está que he de decir
(aunque de igual importancia)
la vuestra antes que la mía;
porque si en mí la más alta
es cumplir mi obligación,
cuando hablara mi ignorancia
primero en mi conveniencia
a mi obligación faltara
y no tuviera ninguna
por el yerro de intentarla.
Pues siendo menor cualquiera,
tratar della no es ventaja,
ni ser conveniencia puede,
cuando la mayor me falta.
(Ap. No es muy corto este camino,
si ella el paso no me ataja.)
LISARDA. Nada de eso es del intento:
decid sin circunstancias
de respetos y atenciones
el caso, o volved mañana;
que agora no puedo oíros.
(Hace que se va.)

LISARDA. Eso ya yo lo sabía;
lo que ignoro es lo que falta.
FERNANDO. Un reino, señora mía,
es en cualquier hombre carga;
que el mando la hace ligera,
pero la razón pesada,
LISARDA. ¿Es eso el caso o sermón?

Escena IV

TESTUZ.-Dichos.
TESTUZ. (A FERNANDO.)
Aquel hombre ya, a Dios gracias,
puso pies en polvorosa.
FERNANDO. Pues si no he de hablar palabra
que no me la condenéis,
y cuanto os propongo os cansa,
lo mejor será no hablaros
y irme; que como yo vaya
teniendo licencia vuestra,
nada, Señora, me falta.
TESTUZ. Vamos, que ya está en carrera;
que hubo indulgencia plenaria.
(Vase FERNANDO.)

Escena V

TESTUZ, LISARDA.
LISARDA. Cielos, ¿qué es esto, Testuz?
TESTUZ. Señora, ¿qué es lo que mandas?
Que voy de priesa.
LISARDA. Detente.
TESTUZ. (Ap. Bueno; si entendió la larga,
y ahora me da con la misma,
es cosa de hacerme rajás.)
Presto, ¿qué mandáis, Señora?
LISARDA. ¿Qué hombre era aquel de que hablabas?
TESTUZ. Era, Señora, un pobrete,
sobrinillo de mi hermana,
que es algo pariente vuestro.
LISARDA. ¿Mi deudo?
TESTUZ. De vuestra casa
tiene tres cuartos mucho há.
LISARDA. ¿Cómo?
TESTUZ. De una carga de agua
que echa en ella cada día.
Esto es en Dios y en mi alma;

y adiós, si lo mandáis más.

LISARDA. No te has de ir tan presto, aguarda.

TESTUZ. (Aparte.)

Por Dios, que me da con ella.

LISARDA. Pues ¿de qué a tu amo avisabas
que está en carrera?

TESTUZ. Eso es

que se murió una beata,
y un gran varón religioso
ha estado siete semanas
en oración a saber
dónde fue a parar su alma,
y dice que está en carrera.

LISARDA. Pues ¿le importa?

TESTUZ. ¡Linda gracia!

Si se ha de casar con ella.

LISARDA. ¿Con la muerta?

TESTUZ. Otra, que escapa.

LISARDA. ¿Quién escapa?

TESTUZ. Ésta que traigo

y otra que tengo en el arca.

LISARDA. ¿Estás loco?

TESTUZ. Sí, Señora,

pues tú a preguntas me atas.

LISARDA. Y ¿qué tiene que ver eso
con el intento que entrabas?

TESTUZ. Pesía el alma que me hizo,
no tiene que ver con nada;
que esto es decir que me dejes.

LISARDA. ¿Qué he de dejarte?

TESTUZ. Ir a casa.

LISARDA. Véte, que eres un grosero.

(Dale un mojicón.)

TESTUZ. (Aparte.)

Los diablos lleven tu alma. (Vase.)

Escena VI

LISARDA; luego, el CONDE.

LISARDA. Que sospechar me ha dejado
el no declararme nada

Fernando, y irse tan presto.

Mas a cuidar de mi hermana;
que esto solo es lo que importa.

(Sale el Conde)

CONDE. Señora, ¿qué es lo que pasa?

LISARDA. No lo sé; pues ¿qué hay de nuevo?

CONDE. Que descompuesta la guarda
en el cuarto de Dantea,
unos suben y otros bajan,
dando voces. ¿Se ha logrado
su muerte ya?

LISARDA. No sé nada.-
¡Ah de mi guarda! ¿Qué es esto?

Escena VII

El CAPITÁN de la guarda. -Dichos.

CAPITÁN. Señora, que vuestra hermana

ha salido de su cuarto,
pues en todo él no se halla.

LISARDA. ¿Adónde puede haber ido?

CAPITÁN. Que no está en todo el alcázar
es sin duda, pues abierto
halló el postigo la guarda,
que sale al parque.

LISARDA. ¡Traidores!

sin duda esto ha sido traza,
y el detenerme Fernando,
dar lugar para librarla.
Conde, a vos esto os importa.

Haced que al instante vayan
siguiéndola a todas partes;
que si ella ahora se escapa
no estoy segura en el reino.

CONDE. Pues a vos, ¿qué os acobarda
el que ella esté presa o libre,

Cuando su reina os aclama
toda Hungría por derecho?
Y cuando alguien lo estorbara,
veinte mil vasallos míos
ya de mis estados marchan
para venir a los vuestros.

Vaya, señora, dejadla;
que eso os estará mejor.

LISARDA. Pues prevénganse mis armas,
y hagan todas mis fronteras
la prevención necesaria.

Vos, Conde, como mi esposo,
pues lo habéis de ser mañana,
haced estas diligencias.

CONDE. A mi cargo está el lograrlas.

Escena VIII

ROBERTO. - Dichos.

ROBERTO. Señora, aunque en este aviso
ninguna alegría os traiga,
para prevenir el riesgo
os la da mi vigilancia.
Todo vuestro reino viene
marchando de partes varias
contra vos, apellidando
el nombre de vuestra hermana,
sin saberse qué cabeza
dé a este tumulto la causa.
nadie que os asiste tiene
más prevenido sus armas
ni su ejército que yo,
que le tengo en la campaña.
Si queréis que la defensa
sea castigo, mi espada
desnudad con vuestra mano
para hacer mía la causa.

CONDE. Eso, Príncipe, no os toca
a vos, sino a quien agravia
ya traidor, como a su rey,
siendo esposo de Lisarda.

ROBERTO. ¿Vos su esposo?

LISARDA. Sí, Roberto.

ROBERTO. Pues ¿hará defensa tanta
a Hungría el Palatinado
como puede Transilvania

CONDE. Si puede o no, mis soldados
lo dirán en la campaña.

LISARDA. Y cuando no lo dijieran,
ser mi elección eso basta
para que no se dispute.

Venid, Conde, y vos mis armas
prevenid como caudillo
de quien seréis rey mañana.-

Y vos, por si lo dudáis,
pues armas tenéis, juntadlas
con las del pueblo; que yo
valor tengo para entrambas.

(Vase con el Conde.)

Escena IX

ROBERTO, el CAPITÁN.

ROBERTO. Todo lo perdió mi industria;
mas, vive Dios, que si hallara
medio de hablar a Dantea,
lo que dijo su arrogancia
había de ser su castigo.

CAPITÁN. ¿Qué decís? Pues si eso falta,
como me guardéis secreto,
yo os daré medio de hablarla.

ROBERTO. ¿Será cierto?

CAPITÁN. No hablaré
sin resguardo.

ROBERTO. Mi palabra
¿No es bastante?

CAPITÁN. Sí, Señor;

y porque sepas que basta,
y con qué alegría escucho
que has de ser contra Lisarda,
yo, que engañado pensé
que ella este reino heredaba
por el engaño común,
viendo su traición tirana,
soy quien dió abierto el postigo
por donde pudo librarla
Fernando.

ROBERTO. Luego ¿él la tiene?

CAPITÁN. Él la llevó acompañada
de leales vasallos suyos
que del riesgo la restauran.

ROBERTO. ¿Dónde está?

CAPITÁN. Venid conmigo;
que yo os daré quien os vaya
guiando donde ellos van.

ROBERTO. (Aparte.)

Cielos, la industria me valga;
que yo he de buscar a quien
es caudillo destas armas;
y una industria he de lograr
que tenga apariencia tanta,
que haga mi amor el más fino.

No rinda sus esperanzas
a la fineza la industria,
que aún le dura la batalla.
(Vanse.)

Campo delante del castillo de Fernando.
Escena X

lo que podéis de mis ojos.
FERNANDO. ¿Vos lloráis? Vos tierno llanto
dais por un reino, Señora?
De vuestro pecho me espanto.
¿Valdrá la corona tanto
como esas perlas que llora?
Pobre soy, este castillo
con esa verde alquería
y un pecho noble y sencillo
es toda la hacienda mía,
que a vuestras plantas humillo.
Tomad aquí posesión
de un reino mejor que Hungría:
palacio es mi corazón;
y si queréis galería,
tiene mi imaginación
pinturas de original;
mis pensamientos os den
con distinción cada cual,
fábulas los de mi bien,
y historia los de mi mal.
para el adorno interior
colgadura es la esperanza,
porque definiendo el rigor
del frío de la tardanza
en el invierno de amor.
Damas en las flores bellas
de ese jardín tendréis, y ellas
mejor harán su arrebol,
pues siendo su reina el sol,
pensarán que son estrellas.
Las aves con rudo acento
os cantarán sin cuidado,
porque es inútil intento
que sea más concertado
lo que ha de llevarse el viento.
Allí tendréis una fuente
para tocador y espejo,
cuyo cristal transparente
dará al rostro juntamente
la enmienda con el consejo.
No habrá lisonjas ni engaños
que os causen melancolías,
ni otros domésticos daños;
las horas tendréis por días,
los días tendréis por años.
No como allá, donde se halla

la razón tan pervertida
por no saber gobernalla,
que llaman corta la vida,
y buscan en qué pasalla.
Guardas serán mis cuidados,
de mis finezas criados
haréis, y en sus ejercicios
tendrán todos los oficios
los títulos señalados.
Esta la casa ha de ser
que aquí os habrá de asistir,
porque no es más mi poder;
y mirad que he menester
iros agora a servir.

DANTEA. ¿Dónde vais?

FERNANDO. A ver si da
El Rey, mi hermano, licencia
para llevaros allá,
porque estéis con más decencia.

DANTEA. Muy grande alivio será.

TESTUZ. Yo mi arcabuz tirador
tomo, y llenaré diez sacos
hoy de caza.

CELIA. ¿Con qué flor?

TESTUZ. Llevo aquí para hacer tacos.
la receta de un dotor.

FERNANDO. Vamos.

DANTEA. Pues no hagáis el día
largo.

FERNANDO. Si él me da licencia,
mi aliento en sus ansias fía
el hacer que toda Hungría
os venga a dar la obediencia. (Vase.)

Escena XI

DANTEA, CELIA, TESTUZ.

CELIA. ¿Y tú, Testuz?

TESTUZ. ¡Prenda amada!

CELIA. ¿Vas a caza?

TESTUZ. De suspiros.

CELIA. Y ¿no has de matarme nada?

TESTUZ. No mato yo con la espada,
y ¿he de matar con los tiros?

CELIA. Oye, si eso va pensando,
no vuelva acá con Fernando,
si mucha caza no tray.

CELIA. De estudiante es la treta socarrona;
pues hazte tú de grados y corona.

DANTEA. Senescal, don Fernando me ha librado
de un riesgo de mi muerte declarado,
y yo sin él de aquí no he de volverme.

SENECAL. Señora, eso es perderos y perderme,
si dejáis la ocasión; que conjurada
toda la corte está a darnos entrada.

Y sus armas espera el Palatino,
que pueden atajarnos el camino.

ROBERTO. Y advertid que podrán las dilaciones
dar lugar a cautelas y traiciones,
pues si del Palatino entra la gente,
quedará en duda lo que está evidente.

DANTEA. (Ap. La ambición deste castigar espero
y de sus armas hoy valerme quiero,
porque tenga el castigo merecido
de despreciarle habiéndome servido;
y con una cautela que he pensado
he de dejar su engaño averiguado,
y con él le he de dar luego en los ojos
porque ni aún queja tengan sus enojos.)

Pues, Senescal, si la ocasión se pierde,
vamos al punto.

SENECAL. Vuestro amor se acuerde
del Príncipe.

DANTEA. De mí será escogido
quien más me quiere y más agradecido.

SENECAL. Pues siendo así, ya es cierto
que será rey el príncipe Roberto.

ROBERTO. (Aparte.)

Cielos, venció la industria a la fineza.

DANTEA. (Aparte.)

Tú lo sabrás en viendo mi agudeza.

SENECAL. Príncipe, a vuestra dicha caminemos.

ROBERTO. Pues a marchar, soldados; que perdemos
tiempo que importa mucho.

DANTEA. Vamos luego.

(Ap. Fernando, el no esperarte me perdona;
que me voy por ganarte la corona.)

ROBERTO. ¡Viva Dantea!

TODOS. ¡Viva la Princesa!

ROBERTO. Y Roberto también, que os da la empresa.

(Vanse DANTEA, CELIA, el SENEAL, ROBERTO y sus criados.)

Escena XV

El CRIADO de FERNANDO.
Ya en un cándido cisne, hijo del viento,
sube Dantea, y cajas y clarines,
resonando por todos los confines,
señalan el compás y el movimiento
del ejército hermoso, que marchando,
al viento van las plumas tremolando.
ya de aqueste horizonte
les va encubriendo el ceño de aquel monte.
A avisar a Fernando salir quiero
mas él sin duda volverá primero.

Escena XVI

FERNANDO, TESTUZ. -El CRIADO.

FERNANDO. (Dentro.)

Deja, Testuz, la caza.

TESTUZ. En nada acierto;

que aunque no me han cazado, vengo muerto.

CRIADO. Este es Fernando, al paso me ha salido.

A ¡qué buen tiempo, cielos, ha venido!

(Salen FERNANDO y TESTUZ.)

FERNANDO. ¿Adónde está Dantea?

TESTUZ. ¿Adónde Celia?

que la traigo una ganga que he cazado.

CRIADO. Dame albricias, Señor.

FERNANDO. Pues ¿de qué han sido?

CRIADO. De que es reina Dantea.

FERNANDO. Pues ¿qué ha habido?

CRIADO. Que el Senescal y el príncipe Roberto

(que el morir en el río no fue cierto)

aquí con un ejército ha venido;

y en su nombre, de todos aplaudido,

a tomar posesión de sus estados

va, llevando delante los soldados

del Príncipe, a quien ella agradecida,

prometió pagar deuda tan debida.

FERNANDO. Luego ¿con ellos va?

CRIADO. Por ese monte,

Que aún no se encubrirán deste horizonte.

FERNANDO. Calla, hombre; que me has muerto.

TESTUZ. Hombre del diablo,

¿Deso pides albricias? A puñadas;

que estoy por arrancarte las quijadas.

CRIADO. Señor...

FERNANDO. Vete de aquí.

TESTUZ. ¿Que aún no te has ido?

CRIADO. No te pensé ofender; perdón te pido. (Vase)

Escena XVII

FERNANDO, TESTUZ.

FERNANDO. ¿Qué es esto que escuché? (¡ay triste!)

TESTUZ. ¿Qué has de escuchar? Vive Dios,
que estoy brotando tudescos
en día de procesión.

FERNANDO. ¡Qué esto cupiese en Dantea!

¡Que haya pagado mi amor
con tan grande ingratitud!

¡Que se fue! ¡Que me dejó!

¡Que la llevó mi enemigo!

¡Que no quede a mi dolor
resquicio para la vida!

Que estos ya celos no son,
sino agravios y desprecios.

¿Que, en fin, se fue?

TESTUZ. Sí, Señor.

FERNANDO. ¿Qué? No es cierto, no es posible.

Míralo, Testuz.

TESTUZ. ¿Qué es no?

Digo que se fue.

FERNANDO. ¿Qué dices?

TESTUZ. Doy fe con renunciación

por no parecer presente.

FERNANDO. ¡Ay ingrata! Plegue a Dios

que el caballo que te lleva

despeñe el curso veloz,

y entre las peñas del monte

sembrando su indignación

piezas del freno entre espumas,

con lástima y con dolor

de los que te ven, imites

al soberbio hijo del sol.

TESTUZ. Y si ella acaso va en carro,

¿qué harás de la maldición?

FERNANDO. ¡Ay de mí, que estoy sin juicio!

TESTUZ. ¡Ay de mí, que loco estoy!

FERNANDO. Cielo puro...

TESTUZ. Cielo aguado...

FERNANDO. ¿Cómo sufrís tal traición?

TESTUZ. ¿Cómo sufrís que seamos

tales jumentos los dos?

FERNANDO. Yo, que defendí a Dantea
de un pueblo contra la voz.

TESTUZ. Yo, que me puse a tu lado
con muchísimo temor.

FERNANDO. Yo, que por librar su vida
la saqué de la prisión.

TESTUZ. Y yo, que en el parque fui
conejo hasta que salió.

FERNANDO. Y ¡hallo este pago en Dantea,
pues por otro me dejó!

TESTUZ. Y ¡hallo este en Celia, que acaso
se va con no borgoñón!

FERNANDO. Viven los cielos divinos,
que aquí por matarme estoy.

TESTUZ. Y yo también, si, por vida
del Preste Juan, mi señor.

FERNANDO. ¿Qué haré, cielos?

TESTUZ. ¿Eso dudas?

FERNANDO. Pues ¿qué hemos de hacer los dos?

TESTUZ. ¿Qué? Para ahorcarnos tenemos
bastantísima razón.

FERNANDO. Vámonos huyendo.

TESTUZ. ¿Dónde?

FERNANDO. Donde nos lleve el dolor.

TESTUZ. Volvamos al caso pues.

¿No pudo ser, siendo dos,
irse con el Senescal,
y no con Roberto?

FERNANDO. No.

TESTUZ. Pues ¿no iremos a saberlo?

FERNANDO. Bien dices; que al ver su error,
Será la mayor afrenta.

Vamos pues, y plegue a Dios
que antes que yo a verlo llegue
se me arranque el corazón. (Vase.)

TESTUZ. Y que a Celia se le arranque
de la tripas, plegue a Dios. (Vase.)

Salón del palacio.

Escena XVIII

LISARDA, el CONDE, DAMAS, el CAPITÁN, músicos.

MÚSICA. En sus apacibles nudos
enlace amor esta vez
de Lisarda y de su dueño
la azucena y el clavel.

LISARDA. Ya, Conde, que mi palabra
a su cumplimiento llega,
bien veis las obligaciones

en que os pone mi fineza.

El Senescal está vivo,
el ejército a las puertas;
y aunque el entrar en Hungría,
dándome a mí la obediencia,
no es fácil, solo fiada
estoy en vuestra defensa.

CONDE. Cuando mi gente, Señora,
ya marchando no viniera,
toda la corte está en arma;
y no es tan fácil empresa
el poder entrar sus muros,
ni ellos presumirlo puedan,
gobernando yo las armas.

CAPITÁN. (Aparte.)

Todo eso posible fuera,
a no estar toda la corte
resuelta ya a abrir las puertas
en viendo que a la muralla
llega a dar vista Dantea.

LISARDA. Pues sentaos. -Y repetid
la música mientras llegan
todos a besar la mano
y dar al Rey la obediencia.-
Avisad al reino vos.

CAPITÁN. Obedezco a vuestra alteza. (Vase.)

Escena XIX

LISARDA, el CONDE, damas, músicos; luego, el CAPITÁN.

MÚSICOS. En sus apacibles nudos
enlace amor esta vez
de Lisarda y de su dueño
la azucena y el clavel.
(Siéntanse)

SENECAL. (Dentro.)

Viva Dantea, soldados.

VOCES. (Dentro.)

¡Viva quien es nuestra reina!

¡Viva Dantea!

LISARDA. ¿Qué escucho?

(Sale el CAPITÁN.)

CAPITÁN. Señora, el riesgo remedia,
porque tus mismos vasallos
(Levántanse.)

han dado abiertas las puertas
al ejército, que ya

hasta tu palacio llega
con Dantea a quien aclaman.
LISARDA. ¿Cómo? ¡Traidores!
CONDE. ¿Qué intentas,
Señora? que eso es perderte;
que a un pueblo no hay resistencia.

Escena XX

DANTEA, el SENESCAL, ROBERTO, CELIA, soldados.

SENESCAL. (Al salir.)

¡Viva Dantea, vasallos!

ROBERTO. Y aquestos traidores mueran.

DANTEA. Tened las armas, soldados,
y nadie a mi hermana ofenda.

LISARDA. Cielos, ¿qué es esto que miro?

DANTEA. Poder más que tu inclemencia
la verdad de mi justicia;
mas aunque tú le merezcas,
no te he de dar más castigo
que el que casada te veas
con quien para darte muerte
me declaró su cautela.

LISARDA. Cielos, ¿qué es esto que escucho?

Escena XXI

FERNANDO, TESTUZ. -Dichos.

(FERNANDO habla aparte con TESTUZ, y permanece retirado hasta que le llama DANTEA)

TESTUZ. Ponte aquí delante della.

FERNANDO. Sin alma llevo a sus ojos.

DANTEA. (Ap. Cielos, la ocasión es esta,
pues allí a Fernando veo,
de averiguar la cautela
del Príncipe, Amor me ayude.)

Vasallos, vuestra princesa
soy yo, y el haber fingido,
como sabéis, que lo era
Lisarda, fue con motivo
de daros rey que merezca
por amor y discreción,
de tal lealtad la obediencia;
y habiendo visto en Roberto
de un firme amor tantos señas...

FERNANDO. Si esto oímos, ¿qué esperamos?

TESTUZ. A que se case con ella.

DANTEA. Para eleiros buen dueño
a su amor estuve atenta.

ROBERTO. Bien sabéis vos, gran señora,
cuál fue siempre mi fineza.

DANTEA. Sí sé; y más la conocí
cuando yo os vi en una puerta,
que diciendo al Senescal
cómo yo era la princesa,
cosa que ignorabais vos,
en vuestra alegría mesma
conocí de vuestro pecho
la hidalguía y la fineza.

ROBERTO. Es sin duda, gran señora,
y yo callé con cautela
por saber lo que importaba.

DANTEA. Luego ¿de eso se os acuerda?

ROBERTO. Pues ¿puedo olvidarlo yo,
si estaba oyendo a la puerta?

DANTEA. Pues, ambicioso. ¿por qué,
me vendías por fineza
ofrecerme tus estados,
lastimado en mi pobreza,
si tus engaños sabían
que yo era la princesa?

Luego aquello fue querer
engañarme tu cautela.

Pues para que se conozca
que industrias contra finezas
no pueden valer, vasallos.

Vuestro rey es este. -Llega,
Fernando, a los brazos míos.

FERNANDO. Cielos, ¿qué ventura es esta?

ROBERTO. (Aparte.)

Corrido estoy, vive Dios;
y no puedo, de vergüenza,
replicar a la verdad.

TESTUZ. Llégate a mis brazos, Celia
para que hagas con Testuz
ollas de Carnestolendas.

CELIA. No, sino huevos.

TESTUZ. Con esto,
y un vitor para el poeta,
tendrán aquí fin dichoso
Industrias contra finezas.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

